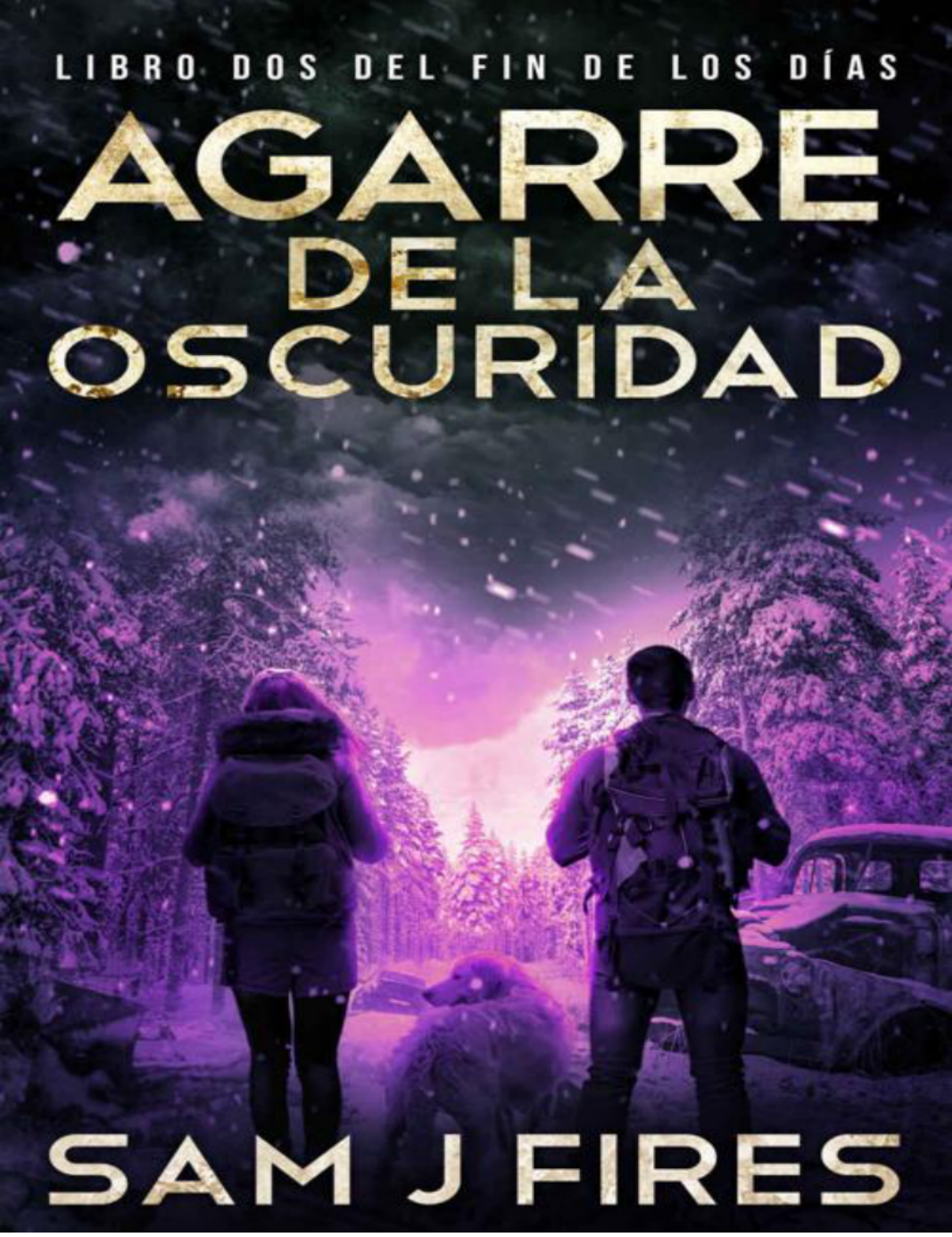
LIBRO DOS DEL FIN DE LOS DÍAS

AGARRE DE LA OSCURIDAD



SAM J FIRES

Agarre de la Oscuridad

Libro Dos del Fin de los Días

SAM J FIRES

Fire & Brimstone Press

Copyright © 2022 por Sam J. Fires- Todos los Derechos Reservados

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos son productos de la imaginación del autor o son usados de forma ficticia. Toda similitud a eventos, lugares o personas reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada, ser introducida a un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otro modo) sin la previa autorización por escrito del autor, editor o dueño de los derechos de autor.

El autor reconoce el estatus de copyright y los propietarios de las marcas registradas de varios productos referenciados en esta obra de ficción, los cuales han sido utilizados sin permiso.

La publicación/uso de las marcas registradas no está autorizada, asociada ni promocionada por los dueños de dichas marcas.

Diseño de portada por “Covers by Christian”

Contenidos

1. Charlie

2. Harper

3. Charlie

4. Harper

5. Charlie

6. Harper

7. Charlie

8. Harper

9. Charlie

10. Harper

11. Charlie

12. Harper

13. Charlie

14. Harper

15. Howard Revis

Sobre la Autora

Chapter 1

Charlie

13 de Febrero, Meadowview, Oregon

Mirando la pantalla, Charlie obligó a sus ojos a enfocarse masajeándose las sienes con los dedos. Había pasado horas estudiando, pero no había logrado asimilar nada. Con un suspiro de aburrimiento, soltó su cabello color rubio de su cola de caballo. Sus diestros dedos se apresuraron a trenzarlo sobre su hombro mientras miraba con anhelo el maquillaje en su tocador.

—No tengo ganas de ser una estudiante modelo — se quejó.

Dejó caer la cabeza, permitiendo que su cabello cayera sobre el teclado. La computadora emitió un pitido, pero ella lo ignoró. Finalmente, sin levantar la cabeza, tomó su iPhone. Subiendo el volumen de la música que fluía a través de los parlantes, levantó la cabeza y cantó sin tono. «Supongo que nunca seré la próxima Taylor Swift.» Ella sonrió ante la distracción.

—¡Charlotte, estoy en casa!

Sonriendo, Charlie saltó de su silla para ir a saludar a su abuela, Ruby, como insistía en que la llamaran. Por lo general, tenía una barra de chocolate escondida en su bolso, solo para Charlie. Uno de los beneficios de mudarse con su anciana abuela fue que finalmente obtuvo todos los dulces con los que siempre había soñado. Ser criada por preparadores del fin del mundo significaba que rara vez había comido comida chatarra cuando era niña. Desde que se alejó de sus padres hacía un año, probablemente había comido la mitad de su peso en Cheetos y Snickers. Oh, las cosas asombrosas de las que había sido privada cuando era niña.

—¿Cómo estuvo el médico? — Charlie preguntó mientras sostenía abierta la puerta principal.

Sacudiendo la cabeza, Ruby se rió.

—Fue igual que el mes pasado. Sigo tan fresca como hace diez años. El Dr. Anderson continúa sorprendido.

—Simplemente no puede creer que uno de sus pacientes no esté casi muerto— bromeó Charlie.

—Oh, estoy segura. Ahora, sé amable y pon la tetera al fuego.

Con sus pasos enérgicos y su sonrisa traviesa, era fácil olvidar que Ruby se acercaba a los ochenta. A diferencia del resto de las señoras mayores de la comunidad, ella siempre había llevado su largo cabello plateado recogido en una trenza sobre un hombro, y vestía jeans azules y chaquetas de punto. Lucía sus arrugas con dignidad, alegando que no estaba luchando contra el envejecimiento como algunas mujeres. Charlie y Ruby compartían los mismos ojos azul jacinto. A Charlie le daba esperanza para el futuro el que los ojos de su abuela siguieran siendo tan claros y brillantes. La mayoría de los días, brillaban con travesura mientras Ruby se ocupaba de su día.

Charlie desapareció en la pequeña cocina. A toda prisa, puso la antigua tetera de su abuela en la estufa mientras sacaba dos tazas del armario. Aquí, la vida era simple. Exactamente lo que Charlie siempre había soñado. Sin despertarse al amanecer para hacer ejercicios de entrenamiento por dos horas, en cambio, podía dormir hasta tarde antes de levantarse de la cama para iniciar la sesión en su curso universitario. Podía asistir a la universidad en persona, pero eso sería para el próximo año cuando tuviera más tiempo para adaptarse a la vida lejos del complejo de sus padres. A diferencia de sus compañeros de clase, estaba contenta con la escuela en línea mientras empacaba las compras en la pequeña tienda de comestibles a varias cuadras de distancia y ayudaba en la casa.

La libertad tenía un sabor dulce al que se había vuelto adicta. Todavía no se había adaptado del todo a las demás personas. Viviendo sola con sus padres en la comunidad, nunca había estado al tanto del mundo exterior. Cuando Cass se fue hacía tantos años, Charlie había quedado aún más aislada y sola.

La tetera silbó, sacando a Charlie de sus recuerdos. Vertió el agua caliente sobre las bolsitas de té y se apoyó contra el mostrador mientras las observaba reposar. En la habitación de al lado, escuchó

que la televisión se encendía para Ruby, quien comenzaba sus programas de la tarde. Una vez que el té estuvo listo, Charlie sacó las tazas humeantes y las colocó sobre la mesa junto a Ruby, cuya atención estaba en la canasta de hilo y agujas en su regazo.

—Gracias, querida— murmuró distraída.

Plantó un beso en la cabeza de su abuela.

Te estás perdiendo a Sofía y Xavier besándose.

Ruby saltó y levantó la cabeza para mirar la pantalla. Charlie se rió cuando su abuela se quejó de la mentira. Sacudiendo la cabeza hacia Ruby, Charlie regresó a su habitación para hacer más tareas. Dejando la puerta abierta en caso de que Ruby necesitara algo, se acomodó en su escritorio. Los sonidos de la novela flotaban en el aire mientras estiraba el cuello y crujía los nudillos, un terrible hábito que había intentado abandonar demasiadas veces. La determinación se arremolinó a través de ella mientras miraba la pantalla.

La universidad era algo que nunca había esperado. Ser educada en casa por padres que no estaban muy interesados en enseñarle nada que no pudiera usarse cuando el mundo terminara significaba que se había quedado atrás. Cuando cumplió dieciocho años, siguió los pasos de Cass y se fue; la única vez que había actuado como su hermana mayor. Todavía no podía manejar la culpa de ver la traición en los rostros de sus padres. Esperaban que Cass se fuera; ella siempre había tenido un pie fuera de la puerta desde que era una adolescente. Pero no Charlie. Se suponía que ella era la hija *obediente*. Al menos eso es lo que diría su padre.

Sin embargo, allí estaba. Viviendo una vida normal lejos del recinto. Ruby la recibió con los brazos abiertos la tarde en que llamó a su puerta, rezando para que su abuela no se hubiera movido desde la última vez que la visitó hacía tantos años.

—Ya era hora, Charlotte. Entra y te ayudaré a instalarte— había dicho Ruby con una sonrisa de complicidad.

Charlie se había dado cuenta de que tal vez ella y Cass no eran tan diferentes. Ambas habían dejado la comuna de sus padres a los

dieciocho años y se dirigieron directamente a la casa de Ruby. Aunque Cass no se había quedado más que unos pocos días antes de irse a la universidad. Y aquí estaba Charlie, un año después, todavía viviendo en el diminuto cuarto para invitados.

Pero Charlie no era exactamente como su hermana. Al menos había escuchado las lecciones de sus padres y ayudado en su granja. Incluso visitaba a sus padres. Cass no había estado en casa en años. Puede que sean un poco fríos, pero aun así la invitaban a cenar el primer domingo de cada mes.

Apartando los pensamientos no deseados de sus padres y su hermana de su mente, Charlie acercó la libreta en blanco hacia ella. El hecho de que siempre hubiera querido ir a la universidad no significaba que disfrutara de las clases. Actualmente, Economía le estaba pateando el trasero. Mirando la pantalla, sus ojos se nublaron por un momento, luego parpadeó y abrió el cuestionario de práctica. Al leer la primera pregunta, la reflexionó y se rascó la nuca. Al menos podría tachar "economista" de su larga lista de posibles carreras futuras. Resultaba que tenía muy poco interés en el tema.

Cerrando los ojos, marcó una respuesta al azar. Justo cuando fue a enviarla, la computadora murió. Charlie dejó escapar un sonido estrangulado de irritación cuando la lámpara del escritorio parpadeó y se apagó. La casa se sumió en el silencio al cortarse la energía. Al final del pasillo, Charlie escuchó el resoplido de molestia de Ruby. Arrastrándose, asomó la cabeza por la puerta.

—Revisa los fusibles, ¿quieres? — Ruby llamó.

—Enseguida.

Saliendo de la pequeña casa construida con ladrillos, Charlie miró al otro lado del patio. En la distancia, podía distinguir nubes ominosas reuniéndose en el horizonte. Parecía que la tormenta que se avecinaba había sido suficiente para dejarlos sin electricidad. No la sorprendió; esta era la vida típica de un pueblo pequeño.

Mientras accionaba los interruptores de la caja de fusibles, inspeccionó los jardines a lo largo de la calle. A su alrededor había

otras personas mayores, la mayoría vivía sola. Ruby había heredado su propiedad de sus padres, reclamada como su hogar cuando murió el abuelo de Charlie, y se había escapado de los preparadores del fin del mundo.

Charlie asomó la cabeza por la puerta principal y gritó —: Voy a ver cómo están los vecinos. Parece que se acerca una tormenta.

—Eres un ángel, Charlie. Agradezco al cielo todos los días que hayas aparecido en mi puerta. Toma las galletas que hice ayer y tráelas contigo. Esos viejos murciélagos no apreciarán que vayas a revisarlos. Las galletas ayudarán— respondió Ruby.

Charlie se puso su chaqueta para todo clima y agarró la bandeja envuelta de galletas de avena. Sonriendo, volvió a salir al frío día de invierno. Sólo un mes más o menos hasta que el frío se fuera y el sol comenzara a calentar la tierra. Como todos los años, esperaba con ansias el primer día de la primavera.

Su sonrisa se deslizó de su rostro mientras miraba las nubes amenazantes. El invierno aún no había terminado con ellos. Con suerte, la energía volvería a funcionar por la noche. De lo contrario, estaría revisando el garaje en busca del calentador de propano y la parrilla para acampar.

Dando unos pocos pasos, Charlie llegó a la puerta principal de la señora Butler. Golpeando la puerta con los nudillos, esperó. Pasaron varios segundos antes de que lo intentara de nuevo. El antiguo Cadillac gris que conducía la señora Butler estaba en el camino de entrada, por lo que Charlie sabía que estaba en casa. Después de su caída el verano pasado, no podía caminar alrededor de la cuadra como solía hacerlo. Charlie había soportado muchas largas cenas con los vecinos, y la señora Butler se quejaba de su cadera y de lo atrapada que se sentía, aunque la cirugía de marcapasos del año anterior no había sido tan mala, según decía.

Charlie llamó a la puerta por tercera vez y gritó—: ¿Señora Butler? Ruby envía galletas.

Silencio. «Que extraño». Lo único que a la señora Butler le gustaba

más que los chismes y las quejas eran las galletas de Ruby. Los pensamientos de la anciana teniendo otra caída llevaron a Charlie a intentar abrir la puerta. No estaba cerrada. Sacudiendo la cabeza ante lo confiada que era la señora Butler, Charlie entró en la casa.

—Soy Charlie, señora Butler. ¿Se encuentra bien? — Miró a su alrededor — ¡Señora Butler, soy yo, Charlie!

Una luz tenue se filtraba a través de las cortinas de encaje cuando Charlie se asomó a la sala de estar.

Sus ojos se posaron en la Señora Butler, sentada en su sofá rodeada de sus suministros de crochet. Cuando Charlie entró en la habitación, sus pasos vacilaron.

—¿Señora Butler?

Ninguna respuesta.

Un hilo helado de pavor se deslizó en el estómago de Charlie mientras se acercaba de puntillas. Los ojos ámbar de la señora Butler miraban fijamente la televisión apagada, sin ver. Vacilante, Charlie extendió una mano. Presionó dos dedos contra la garganta aún caliente de la mujer. Ella soltó una maldición. Nada. Charlie metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Al marcar el 9-1-1, esperó, pero ni siquiera escuchó tono de marcar. Apartando el teléfono de su oreja, otra maldición más fuerte escapó de sus labios.

Sin señal.

—Justo, maldita sea— murmuró Charlie frustradamente.

Su atención volvió a la señora Butler. Parecía mal dejarla, pero, sin señales de vida, pensó que probablemente era demasiado tarde para una ambulancia de todos modos. Su mente daba vueltas mientras miraba el cuerpo. Era la primera vez que se encontraba con la muerte. Debería sentir repulsión, pero estaba extrañamente tranquila. La muerte parecía tan pacífica en la Señora Butler que sobresaltó a Charlie. Una parte de ella esperaba que la señora tomara una bocanada de aire y la regañara por haber entrado a su casa a hurtadillas.

Charlie finalmente apartó los ojos del cuerpo rígido. Pasos lentos la

llevaron de regreso a casa de Ruby.

—¿Charlie? Eso fue rápido— dijo Ruby mientras salía de la cocina. Se apresuró hacia la puerta cuando vio la mirada preocupada en el rostro de su nieta. Esperó mientras Charlie encontraba las palabras. Finalmente, Charlie habló.

—La señora Butler está muerta.

Las palabras se sintieron extrañas en su boca, fuera de lugar. Sin embargo, cayeron demasiado casualmente de sus labios sin emoción. Debería haber emoción, pero estaba entumecida.

El rostro de Ruby estaba horrorizado.

—¿Estás segura? — Su frente era una masa de arrugas, la preocupación marcada en sus ojos —¿Qué sucedió? — Ruby hizo una pausa mientras examinaba el rostro de su nieta.

Charlie se estrujó el cerebro. ¿Pudo haber sido un infarto? Los ojos de la señora Butler estaban muy abiertos, pero no se había estado agarrando el pecho. Parecía más como si la televisión se hubiera quedado en negro y la hubiera llevado a la tumba. Encontrando los ojos de Ruby, ella negó con la cabeza.

—No lo sé, — admitió —. Traté de llamar a una ambulancia, pero mi teléfono no funciona— Ella miró su celular, consternada —. No sé qué hacer.

—Dirígete a la comisaría, querida, infórmales sobre la señora Butler y yo iré a ver cómo está, ¿de acuerdo?

Lágrimas calientes llenaron sus ojos y miró a su abuela. Ya se estaba poniendo su abrigo de lana azul turquesa.

—Todo estará bien, Charlie— aseguró Ruby, apoyando una mano con venas moradas en el hombro de Charlie y dándole un suave apretón —. La muerte puede ser impactante al principio, pero a mi edad, es esperable. Ahora date prisa, querida, antes de que la tormenta nos alcance. Parece que será desagradable.

Charlie asintió antes de darse la vuelta y marcharse. Agarrando la antigua bicicleta que Ruby le había regalado, encendió las luces en el manillar y salió. El viento le azotaba la cara mientras movía las

piernas, aumentando la velocidad. Las calles residenciales allí estaban tranquilas, como normalmente lo estaban a media tarde. A lo lejos, los niños reían. Casi se sentía como si nada estuviera fuera de lo común.

Al llegar a la carretera principal que serpenteaba a través de Meadowview, disminuyó la velocidad. Dos autos habían chocado, uno encima del otro. Tres personas se encontraban allí, mirando los autos, señalando y murmurando entre ellos. Uno de ellos, un hombre de unos cincuenta años, con el cabello ralo, se frotaba el cuello, haciendo una mueca. Las otras dos mujeres más jóvenes parecían más preocupadas por el estado de sus autos dañados.

Parecía que su comportamiento tranquilo significaba que no había lesiones graves, y Charlie necesitaba llegar a la estación de policía, por lo que no se detuvo. Apartando los ojos del choque, miró calle abajo hacia los escaparates oscuros. No era sólo el vecindario el que estaba sin electricidad.

Le tomó menos de diez minutos recorrer las pocas cuadras hasta la estación de policía de Meadowview, un edificio bajo de ladrillo rojo que no había sido actualizado desde que se construyó a fines de la década de 1950. Charlie lo observó mientras desmontaba. Había pasado junto a él una docena de veces mientras se dirigía al negocio de libros usados al final de la cuadra, pero nunca había tenido motivos para entrar. Las ventanas estaban tan oscuras como los escaparates. Esto le dio un momento para hacer pausa. ¿No deberían tener generadores o algo así?

Subiendo los escalones, abrió las puertas de cristal. Al menos habían hecho algunas actualizaciones cosméticas. Las voces la llegaban desde la penumbra del edificio. Estaba oscuro adentro, gracias a la falta de ventanas y las nubes que los cubrían. Dio unos pocos pasos antes de que una luz cegadora le diera de lleno en la cara.

—Lo siento— dijo una voz ronca—. Estas malditas cosas. ¿Qué podemos hacer por usted, señorita?

—Umm, estoy aquí para reportar una muerte — Charlie se estremeció ante la frialdad de su tono.

El hombre frunció el ceño antes de anunciar—: Otro, Bart.

Otro hombre más joven, de unos veintitantos, dio un paso adelante, usando su linterna para iluminar su rostro anguloso. Le dio a Charlie una leve sonrisa mientras le hacía señas para que lo siguiera. El fuerte perfume de la loción para afeitar abrió el camino mientras se adentraba más en el edificio. Sus pasos se hicieron más lentos y, por un segundo, se preguntó si debería hacer esto. No podía evitar pensar que sus padres siempre le advirtieran que, en situaciones de emergencia, las personas con autoridad abusarían de su poder. Ella empujó el pensamiento a un lado y siguió al hombre.

Utilizó su linterna para mostrarle el entorno de oficina. Una linterna iluminaba cada escritorio, dando a la habitación una sensación espeluznante mientras las luces bailaban por las paredes y los techos. Registró el zumbido de las voces, aunque no pudo entender lo que decían los demás. El oficial la condujo a una sala de entrevistas, abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara.

—Toma asiento— el hombre alumbró con su luz una silla de madera frente a un escritorio.

Charlie se dejó caer en la silla. El hombre dejó la linterna sobre el escritorio y fue a sentarse frente a ella. Contuvo la respiración mientras esperaba y se obligó a relajarse, notando de nuevo el olor de su colonia. El hombre revolvió algunos papeles y sacó un bolígrafo del bolsillo de la solapa de su chaqueta.

—Soy el detective Jonas Perkins. ¿Y usted es?

—Mi nombre es Charlotte Drews, pero la mayoría de la gente me llama Charlie. Uh, la nieta de Ruby.

Esto llamó su atención. No le gustaba la forma en que la miraba. Le hizo desear haber seguido los pasos de Cass y alejarse más. En algún lugar donde la gente no supiera sobre los preppers que vivían alrededor de Meadowview. El oficial se pasó una mano por el pelo rapado mientras bajaba los ojos.

—Ah— se aclaró la garganta —. No vienes a reportar la muerte de Ruby, ¿verdad?

Ella le aseguró que no era su abuela.

—Bien— dijo —. Es una buena persona, siempre una palabra amistosa... Muy bien, aquí estamos.

Blandiendo una hoja de papel, dirigió su atención a Charlie. Sus ojos parecieron atravesarla al principio, y luego se concentró. Charlie jugueteó con su cabello desordenado, hizo una pausa y las palabras se precipitaron sin control. Se apresuró a contarle todo acerca de cómo encontró a la señora Butler.

Él tomó notas mientras ella hablaba, asintiendo sombríamente.

—Llamaré a un oficial allí de inmediato, pero con el apagón, pueden pasar varias horas antes de que podamos llevar al forense allí — Los ojos del detective se entrecerraron —. Asegúrese de estar disponible para dar otra declaración si es necesario. ¿Podemos localizarte en casa de tu abuela?

Ella asintió.

—Sí, por supuesto, cualquier cosa para ayudar. ¿Hay algo más que deba hacer?

—No. Tengo todo lo que necesito ahora, pero si surgen más preguntas, sé dónde encontrarte — el detective Perkins sonrió.

Su sonrisa no fue tan tranquilizadora como supuso que él pretendía que fuera. Conocía a Ruby, eso es todo, se dijo mientras estrechaba la mano del detective y salía del edificio.

Harper

—No me siento muy bien — gimió el hombre.

Esa fue la única advertencia que dio antes de darse vuelta y vomitar. Suspirando, Harper dio un paso atrás. Era la tercera vez en esta semana que tenía que evitar que la pintaran de vómito. La profesión médica no era una vida muy glamorosa. Ella lo sabía, pero no esperaba tener que lidiar con tantos fluidos corporales en un turno normal de doce horas.

—Lo siento— murmuró el hombre, derrumbándose en su cama.

Poniendo una sonrisa en su rostro, Harper respondió—: No es la primera vez y no será la última. Ahora vamos a empezar dándole unos líquidos.

El rostro sin afeitar del hombre palideció cuando Harper lo conectó al goteo intravenoso. Marcando el gráfico después de tomar su presión arterial, se apresuró a salir de la sala. El hospital estaba en silencio mientras caminaba de regreso a la estación de enfermeras. Una ventaja de trabajar en el pequeño hospital rural que albergaba Meadowview. Esto también significaba que las cosas eran mucho menos dramáticas que en la sala de emergencias de Seattle, donde trabajaba antes. Elegiría un hospital tranquilo sin drama cualquier día.

—Terminé las rondas— le dijo a Susie.

Sin levantar la vista de su computadora, Susie asintió, sus ojos color café enfocados en las notas que estaba actualizando, su cabello recogido en un moño prolijo sobre su cabeza. Harper deseaba que su propio cabello rebelde se comportara tan obedientemente como el de Susie, pero era espeso y se negaba a ser domado. En cambio, por lo general lo forzaba en una cola de caballo, ignorando los mechones sueltos que escapaban del cautiverio.

Unos pasos resonaron por el pasillo y Susie miró por encima de sus gafas. Ella hizo una mueca de fastidio cuando el doctor Anderson se acercó con una pila de carpetas en sus brazos. Ambas enfermeras se

quedaron mirando mientras él las dejaba caer sin contemplación sobre el mostrador.

El primer día de Harper, fue el Dr. Anderson quien bromeó que las dos debían ser hermanas. Fue entonces cuando Harper había comenzado a sentir aversión por el abrasivo doctor. ¿El hecho de que fueran mitad latinas las convertía en hermanas? No se parecían en nada. La piel de Susie era más pálida, y ella era más baja, tan sólo un metro treinta de alto en su constitución más robusta. La sonrisa en el rostro regordete del doctor Anderson cada vez que los veía sugería que todavía creía que estaban relacionados. Era suficiente para hacer que Harper se pusiera roja cada vez que estaba cerca.

—¿Le importaría a una de ustedes archivar esto? — no esperó a que ninguna de las dos respondiera antes de continuar por el pasillo —. Gracias enfermera.

Harper y Susie lo vieron entrar en una sala antes de intercambiar miradas. Regresaría en un minuto para preguntar cuándo fue la última vez que hicieron sus rondas o para exigir los resultados de los análisis de sangre que había estado esperando; tan sólo había enviado las muestras a patología ayer.

Harper se volvió hacia las carpetas.

—¿Quieres llenar las fichas o lidiar con él?

Susie deslizó el mouse para cerrar la sesión.

—Me ocuparé de él ya que hiciste el último turno. Ese hombre necesita arreglar sus cosas o regresar a la medicina privada. Cualquier cosa que no sea hacer que nuestro trabajo sea más difícil de lo que ya es.

—Nunca se irá, Susie. ¿Por qué lo haría cuando puede mandonear a todo el mundo? Ayer lo vi decirle al doctor Lawson que era necesario cambiar la vía intravenosa del señor Smith. Estaba segura de que el doctor Lawson estaba a punto de estrangularlo.

—Demonios, siempre me pierdo el drama— la risa de Susie resonó en el pasillo.

Tomando las carpetas, Harper le dijo—: Estate agradecida. La

tensión era tan espesa que pensé que me iba a asfixiar. De todos modos, si me necesitas, estaré en el escritorio de Olivia.

Haciendo su camino a través del hospital, Harper asintió con la cabeza a los pocos pacientes que deambulaban. Registrando mentalmente solo nueve pacientes admitidos actualmente, la mayoría de los que se cruzó estaban esperando ver a sus médicos de atención primaria, ya sea el doctor Anderson o el doctor Murphy. Con tan sólo cinco médicos y diez enfermeras, el Centro Médico Meadowview estaba lejos de ser el hospital desbordado donde Harper había pasado los primeros años de su vida profesional como enfermera de traumatología.

Mudarse a Meadowview había sido la primera cosa espontánea que Harper había hecho en su vida. Viviendo en Seattle, estaba a pocas cuadras de sus padres y del resto de su familia. Y vivía tan cerca del hospital donde trabajaba que su mundo se sentía minúsculo.

Entonces conoció a Javier. Había llegado a la sala de emergencias con un tobillo roto después de un fin de semana de entrenamiento de la Guardia Nacional que salió mal. Le tomó solo tres horas a Harper enamorarse del encantador hombre, quién la convenció unos meses después de mudarse a su pequeño pueblo. Ella estuvo de acuerdo inmediatamente. Su familia había tratado de razonar con ella. La vida en un pueblo pequeño no se parecía en nada a vivir en una gran ciudad, le habían advertido. Volvería enseguida, habían dicho.

Un año después, y aunque hubo momentos en que Harper estaba aburrida hasta las lágrimas, nunca se arrepintió de la mudanza. Aquí, ella no era sólo otra enfermera sin nombre que atendía a los pacientes. Conocía a cada paciente, sus antecedentes, el de sus familias y hasta podía saludarlos por su nombre de pila. Le fascinaba, y le encantaba.

—Pareces demasiado feliz de estar aquí — la saludó Olivia.

Riendo, Harper respondió —: Tan sólo recordaba la gran idea que fue mudarme aquí.

—Sabes, tal vez necesites ser admitida. Dame cinco minutos y el papeleo estará completo... Nadie, y quiero decir nadie en la historia de

la humanidad, ha estado emocionado por mudarse a un pueblo pequeño. Es como el comienzo de una mala telenovela.

—O una cursi película de Hallmark sobre encontrar el amor y a ti misma— continuó Harper.

Las dos mujeres se echaron a reír cuando Harper le entregó las carpetas. Harper no podía entender por qué el doctor. Anderson no haría la caminata de treinta segundos hasta el escritorio de Olivia. Sin embargo, a ella no le importaba. Le dio la oportunidad de charlar con Olivia y alejarse de los modales bruscos del doctor.

—¿Crees que mi hermano te pedirá matrimonio algún día de estos? — preguntó Olivia.

Harper levantó las cejas y sonrió. Había pasado un año y medio y estaba perfectamente contenta con cómo estaban las cosas entre ellos. Aunque sabía que Olivia estaba ansiosa por darle oficialmente la bienvenida a la familia. Le había estado preguntando a Harper cuándo sería la boda desde el día en que pisó Meadowview por primera vez. A veces era frustrante, porque sentía que no podía respirar con la presión de la familia de su novio para casarse. Otras veces, le aliviaba la nostalgia de su propia familia insistente.

—Sucederá cuando suceda. De todos modos, tal vez no quiero eso todavía — Sus ojos destellaron con picardía —. Estamos felices ahora, y cuando ambos consideremos que sea el momento adecuado, sé que lo preguntará.

Olivia la miró.

—Mujer, no sé cómo puedes ser tan paciente. Sabía que Justin era el indicado después de una semana. Le tomó dos años, y pensé que nunca sucedería. Me estaba muriendo cuando finalmente preguntó.

Harper palmeó sus caderas, pero antes de que pudiera responder, las luces brillantes del techo parpadearon dos veces antes de sumergir al hospital en la oscuridad. Un grito ahogado de exasperación escapó de sus labios mientras esperaba para oír el zumbido de los generadores encendiéndose. Los cortes de energía eran comunes en Meadowview y siempre resultaban en turnos más largos, ya que de repente todos

tenían la necesidad de ir a ver a su médico.

—¿Dónde están los generadores? — Harper preguntó.

—Deberían empezar en cualquier segundo— dijo Olivia —. La última vez que nos quedamos sin electricidad, tomó alrededor de un minuto. Creo que la junta debe considerar la posibilidad de actualizar nuestra energía de respaldo antes de construir un ala nueva que no se utilizará.

Harper enarcó las cejas.

—Eso suena demasiado sensato para este lugar.

En la tenue luz que se filtraba a través de la puerta de vidrio al frente del hospital, las dos enfermeras se miraron. Esperando.

El temor se acumuló en el estómago de Harper. Los generadores no deberían tardar tanto en ponerse en marcha. Incluso siendo antiguos, todavía cobraban vida después de un minuto. Necesitaban hacerlo. Demasiadas vidas dependían de ellos.

—¿Quizás llamar al personal de mantenimiento? Tal vez podrían revisarlo —Harper sugirió mientras el silencio se prolongaba.

—Buena idea. — Olivia tomó su teléfono.

Harper observó a Olivia mientras presionaba el celular contra su oreja. Varios segundos después, miró la pantalla con curiosidad. Harper vio el rostro de su amiga contraerse con preocupación mientras miraba el dispositivo inerte. Lentamente, sus ojos se encontraron de nuevo.

—Eso es extraño. No hay señal— dijo Olivia.

—Tal vez sea la red. Probaré el mío— dijo Harper.

La alarma se propagó un poco más mientras miraba boquiabierta su iPhone. Nada. Trató de ignorar el pánico. Era una enfermera experimentada; era su trabajo mantener la calma en situaciones estresantes. Tomando una respiración profunda, se armó de valor. Habría tiempo para dejar que la angustia la invadiera más tarde.

—Iré a buscar a alguien— dijo Harper —. Quédate aquí. Estoy seguro de que recibiremos una afluencia de personas que querrán ver a sus médicos si no hay electricidad en el pueblo.

Olivia asintió y Harper regresó al corazón del hospital. La oscuridad se la tragó de inmediato. Escuchó voces, personas que se llamaban y se preguntaban por qué se habían cortado las luces. Fue un alivio que no hubiera una urgencia real detrás de ninguna de las voces. Una peculiaridad de la vida en un pueblo pequeño: tenías que acostumbrarte a estar sin electricidad. Sin embargo, esta era la primera vez que escuchaba que el hospital estaba sin energía por completo.

Harper dejó que sus pies la llevaran de regreso a la estación de enfermeras, donde escuchó al doctor Anderson reprender a Susie por el corte de energía. Como si la pobre enfermera controlara la electricidad.

—La paciente de habitación 104 está muerta— dijo el Dr. Anderson, con voz rasposa. La naturalidad con la que dio esta noticia sorprendió a Harper —. Parece un ataque al corazón. Tendrás que llamar al forense. ¿Puedo confiar en que se encargará del papeleo, enfermera?

—Yo me encargo— dijo Harper antes de que Susie pudiera responder.

Aunque apenas podía distinguir el rostro de Susie, captó un destello de una sonrisa de alivio. El doctor resopló, molesto porque ahora tenía que lidiar con dos enfermeras. Harper no estaba segura de cuál era su problema con las enfermeras, pero no estaba de humor para averiguarlo.

—Hannah Nelson, la paciente de la habitación 104, se estaba recuperando de una cirugía de marcapasos— le dijo Harper al doctor Anderson —. Llamaré a su cirujano en Bend para asegurarme de que no haya nada que no haya mencionado. ¿Hay algo más, doctor Anderson?

El hombre murmuró algo por lo bajo y dio un paso atrás, enojado. Susie dejó escapar un suspiro audible mientras alcanzaba el teléfono en el escritorio.

—La línea está muerta— dijo Susie.

—Olivia tampoco pudo llamar— comentó Harper — y mi iPhone

está muerto. Extraño. Parece que lo que sea que cortó la electricidad también eliminó las líneas telefónicas.

—Probablemente la compañía eléctrica se está cubriendo el trasero con la tormenta que se avecina. No quiero que se repita lo de hace dos veces atrás— comentó el Dr. Anderson antes de levantar su celular—. Sin servicio. Parece que nos espera una gran oleada de locura.

Con eso, se fue. Susie y Harper intercambiaron miradas antes de apresurarse a revisar al resto de sus pacientes. Harper agradeció al universo que ahora no tenían a nadie con soporte vital. Sin electricidad, sus pocos pacientes no estarían muy cómodos, pero al menos sus vidas no estaban en riesgo, y aparte de la pobre señora Nelson, todos los demás seguían con vida.

—Es tan extraño— comentó Susie cuando se encontraron de nuevo en la estación de enfermeras.

—¿Los generadores?

Susie asintió.

—Sí. Sé que son viejos, pero aún deberían funcionar. Nunca he oído hablar de los generadores fallando o realmente ningún hospital que tenga fallas en los de respaldo. Estoy bastante segura de que se hacen pruebas con regularidad.

—Suceden cosas extrañas todo el tiempo— Harper se recogió un mechón rebelde de cabello y lo puso de nuevo en la cola de caballo —. Si se avecina una tormenta, podría ser que la compañía eléctrica no quiera más demandas en sus manos.

—Sin embargo, no hay fuegos cerca y es invierno, Harper. Si fuera verano o principios de otoño, seguro. Pero no a mediados de febrero.

Harper pudo ver que el argumento de Susie tenía sentido, aunque no explicaba nada. Pero en este momento, ella no necesitaba una explicación. Solo necesitaba sobrevivir las próximas tres horas hasta que terminara su turno y pudiera llegar a casa.

Charlie

Saliendo de la estación de policía, Charlie se dirigió hacia la pequeña tienda que funcionaba en Meadowview. Pensó que con la tormenta que se avecinaba, sería inteligente abastecerse.

No podía quitarse el recuerdo de la pobre señora Butler todavía sentada frente al televisor. Sobre todo, se sentía triste porque haya muerto sola. ¿Podría haberla salvado si hubiera llegado antes? Probablemente no, pero la culpa seguía ahí.

Mientras se acercaba a la tienda, Charlie se fijó en el edificio sin luces. Era extraño no ver las brillantes luces de neón anunciando todo, desde cerveza hasta boletos de lotería. Sus ojos se dirigieron al horizonte y a las nubes gris granito que se dirigían hacia ellos. Se sentía fuera de lugar. La muerte de su vecina ocupaba su mente y la oscuridad deprimía su estado de ánimo. Preocupada, apoyó la bicicleta contra la pared y entró en la tienda.

Las luces de las linternas rebotaban en la oscuridad cuando entró en la familiaridad del edificio. Voces y risas la alcanzaron, y cuando cerró los ojos, solo por un momento, pudo fingir que todo estaba normal. Abriendo los ojos, pasó por delante de la sección de productos agrícolas. Dos chicos de las verduras se reían mientras abastecían la exhibición de manzanas. Charlie sonrió a los jóvenes mientras tomaba una bolsa de plástico y echaba dentro cuatro de las manzanas.

A pesar de que sus padres le insistirían en que tomara lo básico en caso de una emergencia, echó un vistazo por la tienda. Los pasillos oscuros eran reconfortantes con sus filas perfectamente alineadas de alimentos y, gradualmente, la inquietud remitió. Agarrando varias latas de chili y algunas galletas, se dirigió hacia los cajeros donde encontró al resto de la ciudad inquietos en las filas.

Las colas parecían haber aumentado mientras había estado ocupada haciendo su selección y ahora serpenteaban por la tienda. Maldiciendo por lo bajo, se dirigió a la parte de atrás de la fila. Un bebé lloró frente

a ella, la madre lo hizo callar mientras empujaba el carrito hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás.

—Pensé que la tienda tendría electricidad— dijo la madre.

Charlie asintió mientras miraba al bebé. Su pequeño rostro húmedo estaba sonrojado de rabia.

—Pensé que los generadores de respaldo se activarían.

—Supongo que la tormenta es peor de lo que parece. Sin embargo, con suerte, recuperarán la energía pronto. No puedo imaginar que sea divertido pasar este frío en la oscuridad.

—Eso espero.

Volviéndose hacia su bebé que chillaba, la mamá intentó algunas palabras de consuelo, pero el bebé no se dio cuenta. Con los oídos poco acostumbrados al chillido agudo de un bebé hambriento, Charlie retrocedió poco a poco y chocó directamente con la persona que estaba detrás de ella. Rápidamente se giró con una disculpa ya en sus labios. Las palabras murieron cuando miró fijamente a la cara del detective que la había entrevistado hacía sólo diez minutos.

—Nos encontramos de nuevo—. Su sonrisa envió un escalofrío a través de ella.

Charlie no tuvo la oportunidad de responder cuando un chico más cercano a su edad se unió a él. Era más alto, medía más de un metro ochenta, con el cabello castaño desgreñado que le caía sobre los ojos. Él le sonrió antes de volver su atención a su compañero.

—Se quedaron sin huevos— anunció el recién llegado.

El detective Perkins puso los ojos en blanco.

—Daniel, ¿qué te he dicho? Pregunta si están fuera—. Empujó el cartón de leche y la caja de cereal en las manos del hombre más joven con una mirada irritada antes de salir de la fila. Charlie no pudo ocultar la mueca de alivio que cruzó su rostro. Esto no pasó desapercibido, y el chico la miró largamente antes de volver a sonreír.

—Parece que has tenido el disgusto de pasar tiempo con mi hermano mayor— dijo.

Charlie sintió que sus ojos casi se salían de su cabeza.

—¿Hermano?

—Medio hermano, si nos vamos a poner específicos. Y me gusta ser especifico. Compartimos un padre, y eso es todo. No te preocupes. No eres la primera en tener esa mirada de horror después de conocerlo. Él tiene ese efecto.

Sus palabras hicieron poco para consolar a Charlie mientras la fila avanzaba. Ella notó que su cabello castaño desgreñado era un tono más oscuro que el de su medio hermano, su rostro más redondo y su piel varios toques más oscuros. Las diferencias entre los hermanos eran más fáciles de detectar que las similitudes, algo por lo que estaba segura de que él estaba agradecido.

La línea avanzó poco a poco. A este ritmo, los cielos se habrían abierto para cuando finalmente llegara a un cajero, y con el detective Perkins respirándole en el cuello, sentiría cada segundo de la larga espera. Incluso la presencia de su hermano hizo poco para tranquilizarla.

—Soy Daniel, como probablemente habrás adivinado—. Movió los artículos en sus brazos para ofrecerle su mano.

Sonriendo, ella le estrechó la mano.

—Charlotte, pero la mayoría me llama Charlie.

—Encantado de conocerte, Charlie. — él le devolvió la sonrisa —. Debes de ser nueva en Meadowview.

—¿Por qué dices eso?

Daniel entrecerró los ojos y la miró directamente.

—No tienes ese aspecto de pueblo pequeño. Tampoco pareces saber todo sobre los trapos sucios de nuestra familia.

—¿En serio?

—Sí, todo terminó cuando mi mamá nos mudó aquí y rompió la paz. Supongo que fue un poco sorprendente que el jefe Warner tuviera otro hijo de una aventura hace años.

—Apuesto a que ha sido incómodo— dijo Charlie.

La fila avanzó de nuevo y ella se calmó. Con suerte, esto significaría pasar menos tiempo en compañía del Detective Perkins. Daniel le

sonrió como si pudiera sentirlo.

—Qué extraño lo del corte de energía— comentó la mujer delante de ella —¿Jonas mencionó algo?

Daniel miró la línea antes de responder—: No, señora. Pero todo el departamento está trabajando duro para recuperar la energía, o eso es lo que escuché.

—Bien, — dijo la mujer, girándose para arrullar a su bebé antes de agregar —. Tu padre es un gran jefe. Supongo que no pasará mucho tiempo antes de que se retire. ¿Crees que tu hermano seguirá sus pasos?

—Estoy seguro de que ese es su plan.

Charlie detectó la nota seca en la voz de Daniel y sonrió ante la cara que hizo.

—Realmente fue increíble que Jonas te aceptara después de... bueno, después de todo, — dijo la mujer, mirando a Daniel por encima del hombro —. No tenía que hacerlo, pero sí que dio un paso al frente.

Charlie vio cómo el color desaparecía del rostro de Daniel. Otro movimiento de la fila y el bebé distrajo a la mujer. Cuando Daniel volvió a mirar a los ojos de Charlie, notó cómo se le apretaban.

—Rastreé algunos huevos— dijo el detective Perkins mientras regresaba.

Afortunadamente, Charlie se salvó de tener que entablar una conversación con él. La mujer delante de ella parecía más que feliz de tomar la oportunidad y preguntarle al detective sobre el corte de energía. Incluso se aseguró de expresar lo inconveniente que era todo, ya que interfería con la hora de la siesta de su hijo. Charlie tuvo que morderse la mejilla para no reír.

La línea avanzó y, antes de darse cuenta, estaba viendo a un adolescente abrumado que le explicaba a una mujer enojada que los lectores de tarjetas de crédito no funcionaban y que no podían aceptar tarjetas. Charlie sintió pena por el chico. No podría ser fácil trabajar aquí en todo esto. Finalmente, una mujer de mediana edad que

parecía cansada llegó para rescatar al joven cajero nervioso, su rostro severo mientras le reiteraba al cliente que la falta de energía significaba que no había tarjetas de crédito.

—Esto es ridículo — espetó la mujer —. Nadie lleva dinero en efectivo con ellos. ¿No tiene algún sistema de respaldo para cuando sus lectores de tarjetas no funcionan?

La gerente suspiró.

—Sí, señora, efectivo.

—Increíble. En serio, ¿no hay nada que puedas hacer? ¿Qué tal un cheque?

—Podemos hacer eso— dijo la gerente.

La mujer refunfuñó mientras escribía un cheque. Charlie puso los ojos en blanco. La mujer no tenía efectivo, pero llevaba consigo una chequera. Incluso Ruby había dejado de llevar su chequera a todas partes. Por una vez, Charlie se alegró de que hubiera tardado en abrir una cuenta bancaria. Afortunadamente, efectivo era todo lo que tenía. La mujer le arrebató las bolsas, mirando con el ceño fruncido al pobre adolescente todo el tiempo, antes de salir furiosa de la tienda. Ahogando una risa, Charlie se acercó al cajero.

—Tengo efectivo— le dijo al chico, provocando una sonrisa de alivio.

—Genial— dijo mientras su gerente se movía a otra caja, teniendo una conversación similar sobre no poder aceptar tarjetas de crédito.

—Con suerte, la energía volverá, y todo esto será sólo una pesadilla lejana— Charlie le entregó un billete de veinte.

El cajero asintió.

—Ojalá. Qué tengas un buen día.

Agarrando sus cosas, Charlie salió deprisa de la tienda sin volverse para devolver el saludo del detective Perkins. Estaba más que lista para poner cierta distancia entre ellos. Había algo en él que la hacía sentir nerviosa.

***

—¿Charlotte? — Ruby llamó tan pronto como oyó girar la llave.

—Estoy en casa. Me detuve y compré algunas cosas.

Ruby apareció en la puerta, con los ojos brillantes.

—Inteligente. Buena niña. ¿Cómo te fue en la comisaría?

—Bien, creo. Conocí a alguien llamado Detective Perkins. Dijo que te conocía. —Charlie vaciló —. Parece lo suficientemente competente, pero... extraño. Dijo que enviaría a un oficial, pero puede pasar un tiempo hasta que el forense pueda salir.

Ruby tomó la bolsa mientras Charlie se quitaba los guantes y el gorro con pompones y lo colgaba en el perchero.

—Estoy orgullosa de ti, niña. No debe de haber sido fácil. Sí, es un extraño sujeto ese Detective Perkins.

—¿Cómo ha estado todo aquí? — preguntó Charlie.

—Chequeé a los vecinos. Todos los demás están bien. Molestos por la señora Butler, pero bien.

—Genial, todo el pueblo parece estar sin electricidad. Incluso pasé un accidente en el semáforo.

Haciendo un chasquido con la lengua, Ruby sacudió la cabeza.

—La gente apenas puede conducir en las mejores condiciones. No me sorprende.

—¿Crees que es sólo la tormenta que está cortando la energía?

Ruby hizo una pausa antes de mirar a Charlie. Odiaba cómo escuchaba las voces de sus padres en la parte posterior de su cabeza, advirtiéndole que el gobierno aislaría a la gente. Que el final estaba más cerca de lo que nunca podrían darse cuenta. Cada vez le resultaba más difícil ignorar sus premoniciones. Se movió sobre sus pies mientras esperaba que Ruby le asegurara que todo estaría bien.

—Por supuesto— dijo Ruby suavemente —. Ha sucedido antes. Probablemente sea peor en la ruta que aquí. Y las líneas están caídas, aislándonos. Puede que sea un día o dos, pero se solucionará.

—Supongo.

—Hazme un favor, ve a buscar el calentador de propano del cobertizo, ¿quieres, cariño?

Contenta de una tarea que la distrajera, Charlie se apresuró hacia el cobertizo repleto. Fue como retroceder en el tiempo mientras se movía entre la basura que Ruby había acumulado allí a lo largo de los años. El polvo le hizo cosquillas en la nariz cuando pasó por encima de un baúl que contenía los restos andrajosos del vestido de novia de Ruby. Metido en una caja de cartón antigua, encontró el calentador de propano oxidado. El equipo de campamento parecía más antiguo que utilizable, pero lo agarró todo.

—¿Es seguro usarlo aquí? — preguntó mientras tiraba todo sobre la mesa de la cocina.

Ruby se rió.

—Claro querida. Prefiero mantenerme caliente que preocuparme por los procedimientos de seguridad. Especialmente si llega la tormenta y es tan fuerte como dicen mis dolores. Debe haber un tanque de propano en el garaje. Gracias a Dios que lo robé de la parrilla que le vendí a Frank.

Al encontrar el tanque de propano casi lleno junto al Chevy Impala de 1967 de Ruby, todavía de un rojo cereza brillante y mantenido por su abuela, Charlie se rascó la cabeza. Siempre había pensado que la tendencia de Ruby a guardar toda la basura de su pasado era un poco absurda. Y solo se sumaba al desorden de la ya diminuta casa de dos dormitorios. Ahora, mientras regresaba a la cocina, se preguntó si tal vez Ruby no tuvo la idea correcta.

—Perfecto— Ruby sonrió antes de echar a Charlie de la cocina con órdenes de hacer un poco de espacio en la mesa de café para el calentador.

Charlie movió las revistas y los libros de acertijos de Ruby de la mesa para dejar espacio. Todavía no estaba segura de sí debían usar el calentador en el interior, pero el frío del exterior ya se estaba colando en la casa. Había pasado de acogedor a frío en el espacio de unas pocas horas. Incluso con su abrigo de invierno, se estremeció. Con el sol poniéndose, sólo haría más frío.

Los padres de Charlie se aseguraron de que ella y su hermana

siempre estuvieran preparadas para la vida fuera de la sociedad. Esto significaba pasar noches invernales acurrucados uno alrededor del otro en busca de calor en una tienda raída. Se suponía que aumentaría su tolerancia, pero solo hizo que Charlie odiara acampar. Y el frío.

—Ya está listo— dijo Ruby.

Triunfante, colocó el calentador sobre la mesa. Charlie lo miró mientras cobraba vida. Después de un minuto, el calor le cubrió la cara y disfrutó de la calidez.

—¿Traerías algunas velas? Creo que tengo algunas en el armario del pasillo. Luego, voy a limpiar esa estufa de campamento que arrastraste y traeré algo de chili— dijo Ruby.

Charlie encontró una caja de velas sin abrir en el armario y tomó las gigantes perfumadas de su habitación. No le llevo mucho tiempo acomodar la sala de estar. Agarrando el edredón de su cama, se acurrucó en el sofá mientras Ruby le entregaba un plato humeante de chili y un plato de rebanadas gruesas de pan con mantequilla.

—Esto me recuerda a mi infancia— le dijo Ruby mientras se sentaba en el sofá junto a Charlie.

—¿No creciste fuera de la ciudad?

Ruby se rió suavemente.

—No. Cuando me uní a los preppers, tenía más o menos tu edad. Estaba perdida después de perder a mi papá, tu bisabuelo. No sabía qué hacer, luego conocí a este chico guapo en la ciudad que me contó todo sobre ellos. Parecía el destino.

—Y lo fue.

—Sí, querida, en cierto modo, lo fue... Aunque no me arrepiento, ni por un momento. Tener a tu padre fue lo mejor que me pudo pasar.

Charlie miró a su abuela.

—¿Incluso con cómo están las cosas ahora?

—Tu papá es apasionado, como su padre. No lo culpo por eso. — Ruby se detuvo a pensar durante unos segundos —. Cuando era un niño pequeño, yo reconsideré todas mis decisiones. Tu abuelo insistía en que estaba tomando la decisión correcta, que el mundo se acabaría

durante su vida. Yo no estaba tan segura.

—Creo que papá todavía no entiende por qué te mudaste aquí.

Ruby se encogió levemente de hombros, aunque Charlie captó la tristeza en su rostro.

—Puede que no sea mucho... Meadowview, eso es, pero es mi hogar. Puedo vivir más cómodamente aquí. Acampar y aprender a sobrevivir fue muy divertido cuando era joven, pero ya no lo soy. Puedo sobrevivir bien si el mundo se acaba aquí.

—¿Crees que es un culto? — preguntó Charlie.

Ruby se encontró con los ojos de su nieta, la luz de las velas bailaba en su rostro mientras la miraba. Era la pregunta que Charlie había querido hacer durante años. Había oído los chismes cuando estaba en la ciudad. Incluso cuando era más joven, era difícil pasar por alto las miradas que recibían cuando se estaban abasteciendo de suministros. Últimamente, había escuchado la palabra a menudo.

—No lo creo, — admitió finalmente Ruby —. Podría sentirse así. Los preppers de aquí son una comunidad muy unida. Para los extraños, puede parecer que son una secta, pero no impiden que te vayas. No te obligan a quedarte, como haría un culto.

—No, supongo. Simplemente te hacen sentir culpable por decepcionarlos —murmuró Charlie.

—Tal vez deberíamos cambiar el tema a cosas menos sombrías — sugirió Ruby.

Charlie le dio un mordisco a su chili y asintió, pero lo primero que le vino a la mente fue algo aún más sombrío. Ella dudó por un momento antes de expresar la pregunta.

—¿Qué crees que le pasará a la señora Butler?

—No la dejarán allí si eso es lo que te preocupa —Ruby sumergió una rebanada de pan con mantequilla en el tazón de chile, masticó durante varios segundos y tragó —. Fue una muerte tan repentina. Supongo que tendrá que haber una autopsia. Desafortunadamente, ella no tenía parientes cercanos cerca— Se limpió la boca con una servilleta de papel —. Hay un hijo... Derek, creo que se llama, pero

vive en Los Ángeles. Habrá que contactar con él.

—¿Cómo va a pasar eso con el apagón? Pobre mujer, no tiene a nadie —Charlie de repente perdió el apetito. No podía evitar la idea de que la señora Butler muriera sola, y parecía que también sería enterrada sola. Apartó el cuenco de ella.

—Todo estará bien, querida— la tranquilizó Ruby.

Charlie forzó una sonrisa.

Harper

—¡Qué demonios! — se quejó Harper.

Sentada en su auto, con la llave en el encendido. Silencio. Había intentado encender el auto durante casi cinco minutos. Si hubiera caminado, ya estaría en casa. Uno de los beneficios de un pueblo pequeño.

—Un intento más— murmuró.

Volvió a girar la llave, pero el motor seguía sin funcionar. Resoplando, dejó caer la cabeza contra el reposacabezas. «Excelente. Sin electricidad y ahora sin coche.» Su turno se había alargado y estaba más que cansada. Solo quería un baño de burbujas caliente, una copa de vino y dormir doce horas seguidas. Lidiar con un coche averiado era lo último que necesitaba.

Con la electricidad ausente, esperaba que más personas cruzaran las puertas, pero aparte de los dos que habían entrado y anunciado que habían tenido un accidente automovilístico, nadie había aparecido. Lo cual fue un alivio ya que el doctor Anderson había desaparecido y ni Susie ni Harper pudieron encontrarlo.

—Lo que daría por estar en sus zapatos— Susie se había quejado —. Llega tarde, sal temprano y pasa más de la mitad de tu turno afuera fumando.

—Karma, bebé— había dicho Harper.

Ahora, no pudo evitar preguntarse si fue el karma lo que había matado la batería de su automóvil. Y su celular. No podía llamar a Javier para que la recogiera. Parecía que tendría que caminar.

El sol se había puesto hacía una hora y las nubes sombrías tapaban las estrellas. Todo su cuerpo se estremeció mientras cerraba su auto. Un viento gélido se había levantado, azotando su cabello fuera de la cola de caballo y en su cara.

Mientras se ponía en marcha, se envolvió más apretadamente con el abrigo. Justo cuando salía del estacionamiento, comenzó una llovizna helada. Varias palabras selectas salieron de su boca mientras aceleraba

el paso. Se alegró de vivir solo a diez minutos de su trabajo. Durante los meses más cálidos, le gustaba caminar, observando la tierra roja a lo largo de la acera y el cielo azul claro sobre su cabeza. No había nada como esto en Seattle.

Esa noche, sin embargo, estaba demasiado gruñona para disfrutar el aire fresco. Era difícil estar agradecida mientras le golpeaba la cara, enfriándola tanto como la lluvia que se había filtrado en su abrigo y por la parte posterior de su cuello. Casi trotando cuando llegó a su calle, sus pasos se hicieron más lentos a medida que se acercaba a la casa que compartía con Javier.

Era extraño ver la calle tan oscura, sin farolas que iluminaran el camino y sin luz cálida saliendo de las casas. Abrió la puerta principal y entró en la oscuridad total de su hogar. Dejó caer su bolso y se quitó los zapatos, usó sus manos para encontrar el camino mientras seguía los débiles sonidos de estática y voces profundas hasta el sótano.

—Cariño, estoy en casa.

Javier tenía varias velas encendidas alrededor del viejo radioaficionado que era su bebé. Él le sonrió mientras ella fruncía el ceño.

—¿Has estado acurrucado aquí toda la tarde? — ella preguntó.

Extendió su mano para que ella la tomara, recostándose en su silla.

—No, visité a los vecinos, me aseguré de que estuvieran preparados durante unas horas sin electricidad y luego saqué todo el equipo de campamento. Pensé que debería esperar para ver si me iban a llamar.

—¿Alguna noticia?

La sonrisa se deslizó de su rostro y el temor de antes volvió con toda su fuerza en su estómago. Se había acostumbrado a que él asistiera a su entrenamiento mensual de fin de semana con la Guardia, pero la idea de que lo desplegaran nunca había pasado por su mente. En cambio, se había acostumbrado a que él fuera un maestro de deportes en la escuela local K-12.

—He escuchado algunas cosas— se volvió hacia la radio.

—Javier, ¿qué está sucediendo? Mi auto no arranca y no hay

servicio celular.

Sus ojos se abrieron cuando se encontró con la mirada de Harper, deteniéndose durante varios segundos para pensar.

—Es algo grande, nena —hizo una pausa de nuevo —. Se dice que Portland vio caer algunos aviones. Parece que hubo un ataque.

Harper se quedó estupefacta.

—¿Qué?

—Sí, es verdad… Y la tormenta no está ayudando. Esperan que cubra la mitad del estado y arroje aguanieve. Esto hará que viajar sea aún más difícil.

Finalmente se apoyó contra la pared, consternada, la confusión superando la lógica. —El mundo se ha vuelto loco, Javier. No tiene sentido.

Cuando Javier la miró, ella vio la preocupación en sus ojos. No era de los que endulzaban nada, algo que ella normalmente apreciaba de él. No ahora. Ella quería todo edulcorado. Porque su instinto le gritaba que las cosas iban a ir de mal en peor.

—No quiero que te vayas— susurró.

—Lo sé bebé. En este momento, no hay una orden oficial, pero la Guardia cerca de Portland recibió la llamada. Así que creo que pueden pasar unos días antes de que llamen a mi unidad.

—Pero, eso es algo bueno, ¿verdad? ¿Quizás no es tan grave después de todo?

Javier se inclinó hacia adelante.

—Eso es lo que estoy pensando. Si fuera serio, ya estaría a medio camino de Portland.

—Me voy a cambiar— le dijo Harper.

Él asintió, su atención de nuevo a la radio. Tomando una linterna de su mesa, Harper lo dejó solo. Si escuchaba algo, vendría a decírselo. Necesitaba descansar un poco ahora. Si las cosas iban mal, significaba que necesitaba estar en la cima de su juego. Vidas dependerían de ello.

Al llegar al dormitorio sin luz en la parte trasera de la casa, se quitó

la bata. Más que nada, quería sumergirse en un baño caliente, pero sin electricidad, esa no era una opción. Por un brevísimo momento, consideró la idea de hervir agua y llevarla a la bañera gigante del baño principal.

—Esto no es 1875— susurró. Aunque no creía del todo en sus palabras mientras miraba hacia el lúgubre patio trasero.

Charlie

14 de Febrero

Un fuerte crujido despertó a Charlie. Se incorporó de un salto y estiró el cuello hacia la oscuridad total.

Había estado acurrucada en el sofá mientras Ruby todavía roncaba desde el mullido sillón marca Laz-E-Boy a su lado. El calentador ronroneaba ruidosamente frente a ellos, un bienvenido recordatorio de que, por ahora, tenían calor.

Poniéndose de pie, se envolvió en el edredón antes de arrastrarse hacia la ventana delantera. Empujando las cortinas de encaje fuera de su camino, miró hacia la noche.

Otro crujido ensordecedor fue su única advertencia antes de que el imponente pino al otro lado de la calle se partiera por la mitad. Un chillido de sorpresa escapó de sus labios cuando cayó hacia atrás.

—¿Charlie? — Ruby preguntó somnolienta.

Charlie se puso de pie y dijo—: El viejo pino se ha caído.

—¿Qué?

Sacudiendo la cabeza, Charlie se acercó nuevamente a la ventana con cautela. La aprensión la llenó mientras miraba hacia la noche. Esta vez, notó el blanco que cubría el suelo. Había nevado. El peso de las ramas probablemente había causado que el árbol cayera al suelo.

—Nevó, — dijo Charlie antes de corregirse —. Supongo que todavía está nevando. Parece un globo de nieve ahí fuera.

Ruby no respondió cuando otro crujido sacudió la casa. Alarmada, Charlie tiró aún más del edredón a su alrededor. Su mente daba vueltas mientras pensaba en los árboles que las rodeaban. Si bien su vecindario no era tan boscoso como donde ella había crecido, había unas tres docenas de abetos Douglas que podían caer y acabar con ellas.

—No es hora de levantarse, Charlie. Vamos a dormir más. Nos ocuparemos de esto cuando haya luz —murmuró Ruby.

A regañadientes, Charlie apartó su atención de la ventana. En la distancia, escuchó otro chasquido fuerte, seguido de un ruido sordo. Tenía todos los pelos de sus brazos erizados.

Volviendo a acurrucarse en el sofá, escuchó los ronquidos de Ruby que llenaban fácilmente la habitación. No podía permitirse cerrar los ojos. No con los crujidos y golpes afuera. Incluso si un árbol cayera sobre su casa, no sabía lo que haría, pero permanecer despierta le hizo sentir que era menos probable que sucediera. No tenía sentido, pero era demasiado temprano en la mañana para la lógica.

Cada crujido hizo que sus músculos se tensaran un poco más. Cada vez que un ruido sordo resonaba por las calles sin luz, su presión arterial subía tan sólo un poco más. Cuando finalmente salió el sol, estaba tensa y adolorida. Casi saltó fuera de su piel cuando Ruby se despertó de golpe. Su abuela la miró por un momento antes de anunciar que necesitaban té y galletas.

—No tenemos horno— Charlie señaló.

Ruby se rió.

—Niña, sabes tan bien como yo que la electricidad no está garantizada en el final de los tiempos. Has tenido las mismas galletas asadas al fuego que estoy a punto de hacer. ¿De dónde crees que tu madre sacó su receta?

Era extraño imaginarse a su madre y abuela llevándose bien. Ruby había dejado a los preppers cuando Cass nació. Para cuando Charlie hizo su aparición, su abuela no era más que un nombre susurrado a puerta cerrada.

—¿Crees que Cass está bien en Portland? — Charlie preguntó, su voz tranquila.

Ruby asintió y sonrió.

—Tengo la sensación de que, de todos nosotros, ella es la que saldría bien parada de cualquier cosa. Esa chica tiene acero en la columna.

Aunque Charlie argumentaría que Cass obtuvo ese acero de Ruby. Alejarse de la comunidad prepper para reiniciar su vida como una

mujer viuda y de mediana edad no podría haber sido fácil. Sin embargo, Ruby lo había logrado. Había demostrado que era posible estar preparado para cualquier cosa y lejos de los preppers.

—¿Ella llama? — preguntó Charlie.

Ruby se quedó inmóvil. Por un momento, Charlie deseó poder arrebatar la pregunta en el aire y engullirla de nuevo. La falta de sueño había hecho que las palabras se le escaparan con demasiada facilidad de los labios. Escuchó el dolor en su voz y no sabía lo que Ruby vio cuando la miró, pero estaba segura de que no era la fuerza que Ruby le elogiaba a Cass.

—A veces — dijo Ruby finalmente —. Ella siempre pregunta por ti.

Charlie palideció.

—Ella sabe que estoy aquí. Podría pedir hablar conmigo.

Ruby dejó escapar un largo suspiro.

—No sé qué pasó entre ustedes dos, y tampoco quiero saberlo. No es asunto mío, pero recuerda, Cass vivió las mismas cosas que tú. Ella no es tu enemiga.

—Nunca dije que lo fuera.

—No tienes que hacerlo, niña. Lo veo en tu cara cuando la mencionas. Ahora, ve a cortarme un poco de leña, ¿quieres? — Ruby entró en la cocina.

Charlie vaciló antes de deshacerse del edredón y salir de la casa. Gracias a años de aprender a sobrevivir en la tierra, cortar leña era algo que podía hacer mientras dormía. Pero su confianza cayó con más ruidos y crujidos que resonaron a través de la fría mañana. Poniéndose rígida por el sonido, se movió hacia el cobertizo y se quedó mirando las ramas caídas esparcidas por el patio. «Oh, bueno, al menos encontrar la madera para cortar no sería difícil ahora.»

Estar a la intemperie mientras los árboles gemían bajo el peso de la nieve y el hielo era el último lugar en el que quería estar, pero el propano finalmente se quemaría y entonces necesitarían leña. La pequeña casa fue construida en los primeros años de Meadowview hacía aproximadamente un siglo, lo que significa que era lo

suficientemente antigua como para tener una chimenea de ladrillos en el estudio. Tendría que arrastrar sillas allí cuando la calefacción se enfriara, pero al menos tendrían fuego.

Significaba que podían calentar agua y cocinar. Una comida caliente hacía maravillas en una persona fría. Era la única motivación que sus padres necesitaban para que Charlie participara en alguna actividad durante los meses de invierno. Todavía era lo único que la empujaba a agarrar el hacha oxidada y arrastrar una rama gigante lejos de debajo del pino inclinado.

Levantando el hacha, respiró hondo antes de dejarla caer con un golpe satisfactorio. Repitiendo el movimiento, sintió que sus músculos se relajaban. Fue casi suficiente para traer una sonrisa a su rostro. Hasta que otro golpe sacudió el suelo bajo sus pies. Parpadeando en la nieve que flotaba perezosamente, Charlie escuchó. El hielo rompiendo. Árboles gimiendo. Las ramas que se rompen bajo el peso. Era una extraña combinación de sonidos.

Esperaba que la electricidad ya estuviera de vuelta. Que esto fuera sólo un problema desafortunado debido al clima, pero tenía la insidiosa sensación de que pasarían varios días más, si no semanas, hasta que volviera la energía. La idea la hizo dejar caer el hacha y volver corriendo a la casa.

—Recuerdas cómo encender un fuego, ¿verdad? — Ruby preguntó.

Charlie asintió antes de dirigirse al estudio. En poco tiempo tuvo listo un acogedor fuego. Ruby se unió a ella con su sartén de hierro fundido llena de masa y una tetera de metal. Sonriendo, la anciana se puso a trabajar preparando la comida. Al ver trabajar a su abuela, Charlie vislumbró el lado de Ruby que había pasado la mayor parte de su vida preparándose para vivir el fin del mundo.

—Después del desayuno, probablemente deberíamos despejar los caminos para los vecinos— dijo Ruby.

Charlie tuvo que tragarse una queja.

—Sí.

—La mayoría de ellos no tienen una joven como tú para ayudarlos.

Ruby suavizó sus palabras con una sonrisa sobre su hombro. Ella tenía un buen punto. Charlie siempre había sido la joven. Demasiado joven para hacer lo que quería, pero lo suficientemente mayor para ayudar con todo. Su vecindario consistía principalmente en pequeñas casas de ladrillo rojo construidas en la posguerra. La mayoría de los residentes tenían entre setenta y ochenta años y habían vivido allí desde su nacimiento. Las casas más nuevas al otro lado del parque eran donde vivían las generaciones más jóvenes de Meadowview. Algunos días, Charlie se preguntaba cómo habría sido la vida si hubiera crecido allí en lugar de a veinte kilómetros de aquí, en medio de las colinas.

—¿Crees que la energía estará cortada por mucho más tiempo? —preguntó Charlie.

—Nunca sabes. Han habido tormentas que cortaron la energía durante semanas. Solía ser bastante común en mi infancia.

Charlie asintió, perdida en sus pensamientos. La energía solar les proveería de electricidad a sus padres. Se preguntó si sabían que el mundo se había oscurecido a su alrededor. ¿Les importaría? No la sorprendería escucharlos regodearse de que habían tenido razón todo este tiempo.

Al venir a vivir aquí, nunca esperó encontrarse de vuelta en el territorio familiar de la supervivencia. Sin calor, sin luces y sin música para ahogar el constante murmullo de las voces de sus padres en su cabeza. Incluso el suave tarareo de Ruby no hizo nada para calmarlos.

«Nunca debiste dejarnos, Charlie. Aquí ya sabes qué esperar.»

«El mundo es un lugar terrible. Tu abuela no puede protegerte.»

«Pero tú no eres Cass. ¿De verdad esperas sobrevivir lejos de aquí?»

Le dio ganas de gritar. Había sobrevivido muy bien durante el último año. Incluso sin electricidad, seguiría sobreviviendo. Si bien es posible que no tuviera el acero que hizo de Cass quien era, Charlie tenía las mismas habilidades y el mismo metal. Se lo mostraría a sus padres. Tal vez algún día, incluso reuniría el coraje para dar el siguiente paso y mudarse de Meadowview.

—El desayuno está casi listo— anunció Ruby, interrumpiendo sus pensamientos —¿Traerías los platos que dejé en el mostrador?

Feliz por la distracción, Charlie se apresuró a agarrar los platos y luego ayudó a Ruby a servir dos panecillos humeantes de su horno de hierro fundido. Echó agua hirviendo sobre las bolsitas de té y dejó que su rostro se sumergiera en el vapor. Fue una recompensa deliciosa en aquella casa fría. Si tan solo la tormenta hubiera golpeado en el verano. Entonces al menos, no sería tan frío. Sobrevivir en los meses cálidos siempre le había sentado mejor a Charlie.

Uniéndose a Ruby en el sofá, Charlie le dio un mordisco al pan caliente y pastoso y sonrió. Fue un abrazo suave que no sabía que necesitaba. El calor se acumuló en ella y ahuyentó los pensamientos malhumorados de su pasado y sus padres. Para cuando terminó dos bollos grandes, estaba contenta.

—Estás tarareando— sonrió Ruby —. Desafinada. Realmente debes ser mi nieta.

Charlie sonrió mientras ayudaba a Ruby a limpiar los platos. No se había dado cuenta de que su abuela había dejado una olla con agua en el fuego para facilitar la limpieza. Se sintió aliviada de no tener que lavar los platos en la nieve derretida. Sus manos se habían vuelto malcriadas con el agua caliente y loción. Darle la bienvenida a las ampollas y el enrojecimiento al que estaba acostumbrada en la comuna no era algo que quisiera hacer. Nunca más.

—Asegúrate de abrigarte, querida— le dijo Ruby.

Charlie asintió mientras se ponía el abrigo, antes de colocarse el gorro azul brillante que Ruby le había tejido, en la cabeza. Los guantes a juego continuaron mientras ella metía los pies en las botas. Se sentía como una niña preparándose para salir a jugar en la nieve.

—Estaré visitando para asegurarme de que todos hayan comido algo — dijo Ruby.

Cuando Charlie entró saltando al garaje, le tomó varios minutos sacar la pesada pala de nieve. Se preguntó si Ruby tendría algo de este siglo además de su televisor gigante para ver sus programas. Todo lo

demás parecía haber quedado de cuando los padres de Ruby vivían en la casa hacía décadas.

—Cuidado con el hielo— advirtió Ruby cuando Charlie resurgió.

Ella asintió antes de salir por la puerta principal por segunda vez esa mañana. El viento se había levantado y la nieve inmediatamente atrapó sus pestañas. El frío atravesó su abrigo. Se había vuelto demasiado cómoda. Hacía mucho frío lejos del fuego. Todo estaba cubierto por al menos cinco centímetros de hielo. No podía recordar la última vez que una tormenta de hielo los había golpeado. Le hizo preguntarse si causaría retrasos en la reparación de la energía.

Gruñendo ante la idea de posponer una ducha caliente, Charlie se puso a trabajar. A diferencia del oeste de las montañas, la nieve aquí no era poco común. Había pasado muchos días de nieve el invierno pasado paleando la acera y las entradas de las casas de todos en Maple Street, aunque entonces no había sido tan invernal. No podía recordar la última vez que había sentido un frío así. El aire estaba cargado de hielo mientras caminaba penosamente por la acera, y sus pulmones ardían con cada inhalación, como si se hubieran formado carámbanos.

No le tomó mucho tiempo cansarse mientras levantaba la pesada nieve de las aceras. Sintió los ojos de los vecinos mirando. Nadie salió a decir nada, lo cual fue un alivio, ya que no estaba segura de tener suficiente energía para lidiar con conversaciones triviales. No cuando ahora estaba sudando por palear toda la calle. Pensamientos de cacao tibio flotaron en su mente mientras trituraba el hielo que cubría la nieve caída, regresando a casa de Ruby.

Escuchó el relincho de un caballo, un sonido inusual de escuchar aun tratándose de un pequeño pueblo en medio de la nada. Mirando hacia la carretera, vio pasar a cinco hombres a caballo. Fue una vista tan extraña que Charlie parpadeó dos veces cuando pasaron. Observó sus uniformes militares y las expresiones serias en sus rostros. Fue entonces cuando recordó que había una armería de la Guardia Nacional cerca. Debían estar cuidando a los ciudadanos.

Aun así, era inquietante verlos. Habría esperado ver militares en

tanques o jeeps en lugar de encima de los sementales de color negro azabache. Mirándolos, no pudo evitar la sensación de que había retrocedido en el tiempo. Se sintió mal. Un escalofrío que no tenía nada que ver con la tormenta le recorrió la espalda. ¿Era normal llamar a la Guardia Nacional? No podía imaginar que lo fuera.

Corriendo de regreso a casa de Ruby, casi se tambaleó dentro de la casa. Su abuela había encendido varias velas más para traer algo de calor a la casa. Inmediatamente se relajó.

—Prepararé un poco de chocolate para ti— dijo Ruby.

—Gracias— Charlie comenzó a desabrocharse el abrigo —. Vi a la Guardia Nacional, bueno, creo que eran ellos, a caballo en Ridge Road. ¿Eso es normal?

Ruby se volvió hacia ella. Había una expresión extraña en el rostro de su abuela. Bastaba para que Charlie supiera que no, eso no era normal.

—¿Que está sucediendo? — preguntó, sin esperar que su abuela tuviera las respuestas más que ella.

—Tomemos un poco de cocoa, luego vayamos a ver a los vecinos. Tal vez alguien haya escuchado algo.

Harper

—Bebé.

Harper abrió un ojo para mirar a Javier. La mirada sombría en su rostro hizo que su otro ojo se abriera de golpe mientras se sentaba en la cama. Su dormitorio, por lo general cálido y hogareño, tenía un frío inusual que hacía juego con su creciente inquietud. Lentamente, se dio cuenta de que Javier estaba en uniforme. Uno que normalmente sólo usaba para entrenar una vez al mes.

—Te llamaron.

Javier se arrodilló junto a ella.

—Sí.

—Las cosas deben estar mal.

—Así parece.

Hacía dos veranos, cuando un incendio forestal arrasó las colinas detrás de ellos, le ordenaron que estuviera alerta. Cuando estallaron los disturbios en Portland, le dijeron a su unidad que se preparara. Pero nunca había sido desplegado. A Javier le gustaba bromear que tenían suerte. Siempre en espera, pero nunca enviados. A Harper le molestó que su suerte finalmente hubiera cambiado.

—¿Qué está pasando Javier?

—No estoy seguro. Nadie lo está. Dicen muchas cosas. Todavía se habla de un ataque terrorista, pero nadie parece saberlo.

Harper se frotó los ojos en un intento fútil para bloquear sus palabras mientras su mente retrocedía años atrás, cuando estaba en su salón de clases, viendo cómo el mundo se transformaba cuando los aviones derribaban edificios. Ahora no podía evitar la sensación de deja vú.

—Tengo miedo, Javier.

Él tomó su mano entre las suyas.

—Por lo que parece, las comunicaciones están caídas en todo el estado. No creo que la electricidad sea por la tormenta. No sé qué

pensar, cariño.

Ella saltó de la cama. Escalofríos la atravesaron cuando sus pies descalzos tocaron el frío suelo de madera. Caminando por la habitación, se asomó al patio trasero. La luz de la mañana iluminaba la nieve y el hielo.

—Mierda.

—Sí. Tengo una hora antes de que tenga que ir al ayuntamiento. Supongo que ahí es donde quieren que nos encontremos.

Harper juntó las cejas.

—Pero aquí no hay nada para la Guardia Nacional. No hay una gran ciudad, una base, nada que valga mucho. Solo una pequeña ciudad escondida de todo lo demás.

—Civiles en apuros, Harper. Necesitarán ayuda, y ese es mi trabajo por ahora—Javier le dijo —. En este momento, parece que ningún vehículo está funcionando. Bueno, nada de los últimos veinte años. Hace que moverse sea más difícil, aunque algunas patrullas salen a caballo. Afortunadamente, hay algunos de nosotros viviendo aquí. Creo que quieren que demos a conocer nuestra presencia. Ayudar donde podamos.

—La gente va a tener preguntas.

—Lo sé. Yo tengo preguntas, Harp. Algo grande está pasando, pero nadie le pondrá palabras. Odio este juego de adivinanzas al que nos tienen jugando a todos.

—Entonces, ¿estarás en la ciudad?

Se puso de pie, inspeccionó el brillo de sus botas y miró a Harper.

—Por ahora. Hasta que nos necesiten en otra parte.

—Siempre supe que llegaría este día. Pensé que estaba preparada para eso— dijo Harper mientras cerraba la distancia entre ellos.

Sus brazos la envolvieron y ella se enterró en el calor que irradiaba de él. Inhalando su olor, hizo todo lo que estuvo a su alcance para memorizarlo en ese momento. Luego le dio un beso en la mejilla.

—Vuelve en una pieza— ordenó.

—Sería un completo idiota si te dejara, nena, lo sabes. Haré todo lo

posible para estar aquí cuando vuelvas.

Ella lo miró a los ojos mientras se alejaba.

—Lo sé. Te amo. Ahora ve a salvar el mundo.

Javier la atrajo hacia él, presionando sus labios contra los de ella. El beso terminó demasiado rápido y ella lo vio irse. Él le lanzó una sonrisa por encima del hombro y salió por la puerta.

De pie en medio de la habitación, luchando por contener las lágrimas, respiró hondo. El temor de ayer salió a la superficie, lo que la llevó a salir de la habitación. No era momento de entrar en pánico ni de preocuparse por Javier.

Él era miembro de la Guardia Nacional mucho antes de conocerla, se recordó a sí misma mientras se servía un tazón de cereales. Él estaría bien. Además, estaría en Meadowview. Por ahora.

«No era como si los cortes de energía y las tormentas severas no hubieran ocurrido antes. Estaría más que bien.» Bebió un poco de café solo y masticó en contemplación. Se negó incluso a considerar el terrorismo. Habían pasado años desde el último ataque. No podía imaginar lo que significaría si eso fuera lo que había sucedido.

En el fondo, le preocupaba que eso significara que la unidad de Javier podría ser desplegada en algún lugar a kilómetros de distancia. En algún lugar más en la línea de peligro y lejos de ella. Tomando otra cucharada de cereales, masticó distraídamente, dejó la cuchara y miró hacia adelante, con los ojos desenfocados. Ese no era el pensamiento que necesitaba en ese momento. «Contrólate, niña.» Averigua el problema. Encuentra una solución. Entra en pánico más tarde. Así es como siempre había esquivado cada bola curva que la vida le lanzaba, y así era como saldría de esto.

Terminando su tazón de cereal, miró por la ventana. La nieve y la falta de electricidad significaban que el hospital se inundaría. La gente supondría que era un lugar cálido y seguro para refugiarse. Aunque era su día libre, no estaba dispuesta a quedarse sentada en la casa. De todos modos, su mente necesitaba una distracción. Estaba segura de que le darían la bienvenida a unas manos extra. Por lo menos, ella

podría ayudar a registrar a las personas.

La determinación fluyó a través de Harper mientras tomaba la decisión. Se puso un par de batas color lavanda limpias y se recogió el pelo castaño y espeso en una cola de caballo. Una ducha caliente sería increíble, pero en este momento, Harper estaba contenta de tener algo que hacer con su día. Garabateando una nota por si Javier llegaba a casa y la encontraba fuera, se puso el abrigo de invierno y la bufanda.

Hacía frío. Deseaba tener su auto, aunque dudaba que se hubiera calentado para cuando llegara al trabajo. Sus pies crujieron la nieve fresca cuando partió. El frío mordisqueó el poco calor que tenía, actuaba como una distracción suficiente para evitar que sus pensamientos se descontrolaran. En un momento resbaló, atrapándose en la puerta del pasajero del auto de un vecino. Después de eso, desaceleró el paso. Lastimarse a sí misma no la llevaría a ninguna parte.

***

El hospital estaba en la penumbra; el estacionamiento ocupado con los mismos vehículos que ayer. Harper se acercó a su coche. Usando la llave de su casa para romper el espeso hielo que se había formado alrededor de la puerta, se deslizó en el asiento del conductor y cruzó los dedos mientras encendía el motor. Nada. Suspirando, dejó caer la cabeza para descansar sobre el volante helado. Habría sido demasiado esperar que su auto funcionara mágicamente.

Rindiéndose, se dirigió al lúgubre edificio. Para su sorpresa, no estaba caótico. Al menos no todavía. Olivia estaba sentada en la recepción, luciendo tan agotada como Harper se sentía. Redujo la velocidad para mostrarle a su amiga una sonrisa.

—¿Llamaron a Javier? — preguntó Olivia a modo de saludo.

Suspirando, Harper sacudió la cabeza hacia un lado antes de agregar —: Él dice que, por ahora, estará en la ciudad con los otros guardias locales.

—Eso es bueno, al menos.

—¿Algo sobre el poder o la tormenta? — Harper hizo una pausa — ¿O algo?

Olivia arrugó la nariz.

—Ni pío. Sin embargo, todos están aquí. Como tú, supongo que no sabíamos a dónde más ir. Nunca había visto un hospital con tanto personal sin muchos pacientes.

—¿Cómo están todos? — Harper preguntó.

—Están bien, supongo. Aunque, el rumor es que el forense ha estado ocupado, escuché que algunos ancianos fallecieron ayer cuando se cortó la energía.

—Que extraño.

Olivia se inclinó hacia adelante, su expresión repentinamente seria.

—¿Javier no sabe nada de lo que está pasando? Justin estaba extrañamente callado anoche y se fue antes de que yo me levantara.

Harper consideró sus palabras. Justin era bombero voluntario. Si bien no tenía la misma radioaficionada antigua con la que Javier estaba obsesionado, siempre parecía estar al tanto. Si no le había contado a Olivia sobre los aviones que se habían estrellado en Portland, Harper no creía que ella debería ser la que diera la noticia. Por mucho que no quisiera mentirle a su amiga, tampoco quería asustarla.

—Nada — respondió finalmente.

Olivia se llevó los dedos a los ojos, se los pasó lentamente por la cara y se reclinó en su asiento.

—Simplemente no puedo evitar sentir que accidentalmente terminamos en una película de acción. Sigo esperando que aparezcan extraterrestres o un ejército extranjero, ¿sabes?

Harper sintió que necesitaba reír cortésmente, pero no pudo. Apenas pudo forzar una sonrisa comprensiva. Su mente estaba dando vueltas. Algo estaba pasando. Javier estaba patrullando. Tal vez habían entrado en la zona roja.

—Creo que he estado viendo demasiadas películas— admitió Olivia, mientras el silencio de Harper se prolongaba.

—Todos lo hemos hecho— dijo Harper —. Es fácil buscar una gran explicación para todo cuando no tenemos todas las piezas. Apuesto a que no es nada dramático como estamos pensando. Solo una tormenta.

—Quizás. O tal vez esos preppers locos que viven por aquí en realidad tenían razón todo este tiempo.

Poniendo los ojos en blanco, Harper dijo —: Necesitas salir más, Olivia. El mundo se ha estado acabando durante años. Cada generación puede afirmar que es la última. No escucharía a los locos de aquí.

—Probablemente tengas razón. Sin embargo, no puedo evitar desear saber cómo encender un fuego. O sobrevivir sin las comodidades de la vida moderna.

—Estamos todos juntos en esto, Olivia. Echo de menos la calefacción central. Nunca había temblado tanto antes, pero sobreviviremos unos días sin calefacción.

—Eso está por verse, Harper.

Sacudiendo la cabeza para desterrar los pensamientos sombríos, Harper dejó a Olivia y se adentró más en el hospital. El silencio le puso la piel de gallina. Se había acostumbrado demasiado a los pitidos constantes que normalmente resonaban por los pasillos. En la distancia, podía distinguir voces, pero no era lo mismo. Se sentía como si hubiera entrado en la morgue.

—Tú también estás aquí— el rostro de Susie se iluminó en el momento en que sus ojos se posaron en Harper.

Encogiéndose de hombros, Harper admitió—: No sabía qué más hacer conmigo misma. Así que, pensé que sería más útil aquí.

—Genial, otra— llegó el tono condescendiente del doctor Anderson.

Susie hizo una mueca cuando él apareció detrás de ella. Harper notó las bolsas debajo de sus ojos. Por un momento, pareció como si estuviera preocupado por sus pacientes.

—Ahora que estás aquí, estaré en la sala de descanso. Por favor, sin molestias. ¿Comprenden?

—Comprendido— repitieron Susie y Harper al unísono.

Harper no ocultó el ceño fruncido que envió tras él. Su falta de empatía la había estado agotando durante meses. Verlo tan grosero en un momento como este la molestaba. Volvió su atención a Susie.

—Mary y Kimberly están dando vueltas. Y Colby todavía está aquí, ayudando en la cocina. Dijo que fue una noche extraña— le dijo Susie.

—Ciertamente ha sido una noche extraña, Susie— Harper miró hacia el pasillo. Incluso en el peor de los casos, no tenían muchos pacientes. La mayoría iría al hospital más grande en Bend. Fue un alivio saber que nadie aquí necesitaba desesperadamente energía eléctrica para mantenerse con vida. No podía imaginar el horror de las unidades en las ciudades más grandes.

—Ah, y John está aquí.

Harper frunció el ceño ante la noticia. John era el jefe de la junta que supervisaba el hospital. Le apasionaba ayudar a la gente, pero también era tacaño. Si bien era mejor que los otros miembros de la junta que había conocido, todavía no le gustaba aprobar presupuestos. El hecho de que estuviera allí significaba que estaba buscando formas de mantener las cosas funcionando de la manera más económica durante la tormenta.

—Probablemente debería encontrarlo para hacerle saber que estoy aquí— dijo Harper.

Susie asintió.

—Él está en la parte de atrás. Le oí murmurar algo sobre las ventanas.

—Excelente.

Dejando a Susie, Harper caminó por el pasillo. Asomó la cabeza en la habitación de Pauline. La anciana le devolvió el saludo, una sonrisa tirando de su rostro curtido. Había estado entrando y saliendo del hospital con neumonía en los últimos meses. Harper se aseguró de que había una linterna instalada para iluminar la habitación. Al menos la mujer no tenía que quedarse en la oscuridad.

—¿Cómo lo llevas? — Harper preguntó.

Pauline se movió para incorporarse, gimiendo por el esfuerzo.

—Seguro que hace frío aquí.

—Me ocuparé de encontrarte otra manta.

—Gracias muñeca.

Sonriendo, Harper se dispuso a buscar una manta y luego a John. La manta fue una tarea sencilla. Pasó varios minutos hablando con Pauline, comprobando dos veces sus signos vitales y asegurándose de que le había bajado la fiebre. Ahora no era el momento para que su paciente empeorara.

Mientras se dirigía a buscar a John, no pudo evitar preguntarse qué significaba todo esto. La medicina moderna dependía en gran medida de la tecnología. Sin ella, no estaba segura de saber cómo ser una enfermera exitosa. Claro, podía cuidar a sus pacientes, pero no podía darles la mayoría de las cosas que necesitaban para consolarlos y curarlos. Los días serían largos hasta que la electricidad los devolviera a la actualidad.

—Hola, John— dijo Harper mientras llamaba a su puerta.

John levantó la vista de su escritorio, una mirada solemne en su rostro.

—Harper, hola. No sabía que trabajabas hoy.

—Debería irme, pero pensé que sería más útil aquí.

—Si bien aprecio el gesto, no estoy seguro de que sea necesario. La mayoría de la gente parece quedarse en casa, lo que significa que no necesitamos manos extra.

Aunque sus palabras le dolieron, Harper sabía que estaba pensando en el resultado final. Un turno extra era más dinero del bolsillo del hospital.

—En los próximos días, es posible que te necesitemos aquí...— hizo una pausa y luego continuó, —fresca y lista para cuidar a las personas. Cuanto más tiempo estemos sin energía, peor se pondrán las cosas.

—¿Es eso lo que piensas?

Se pasó una mano por su cabello salpicado de canas.

—Seguramente. Veremos a más personas enfermarse, principalmente neumonía y problemas torácicos, pero también

lesiones agudas y otras cosas. Probablemente algunos casos de toxinas que envenenan a las personas cuando arrastren su equipo de campamento oxidado y no cocinen bien la carne.

—¿Estaremos preparados para manejar esto sin energía?

—Nos las arreglaremos. Con suerte, serán sólo unos pocos días. Supongo que, ya que estás aquí, también podría utilizarte. Me dijeron antes que las autoridades han pedido que trabemos las ventanas. Contra la tormenta, dijeron.

Parpadeando, Harper preguntó —: Pero no crees que sea eso, ¿verdad?

—No estoy seguro de qué pensar, Harper. En mis treinta y cinco años de cuidar de este hospital, nunca había visto un corte de luz así. Nunca antes habíamos estado tan completamente aislados.

—Puedo tapiar las ventanas.

—Gracias, Harper.

El doctor miró su reloj de pulsera antes de volver a los montones de papeles en su escritorio, con la linterna en una mano. Harper dio media vuelta y se fue. Sus palabras rebotaron en su cabeza. Su jefe esperaba algo peor. Su temor creció y tuvo que tomarse un momento para presionar sus manos contra su estómago mientras luchaba por recuperar el aliento.

Charlie

El ruido de golpes en la puerta levantó a Charlie de su siesta. Le tomó un momento volver a la realidad. Tirando de su edredón, miró a Ruby sentada en su silla, un libro gigante de crucigramas abierto en su regazo, los ojos fijos en la puerta principal al otro lado de la habitación.

—¿Estamos esperando gente? — Charlie bostezó.

Ruby negó con la cabeza, sus ojos grandes.

—No, pero podría ser un vecino que venga a ver cómo estamos. George mencionó que lo haría cuando pasé por su casa esta mañana. Sé amable y mira quién es, ¿quieres?

Charlie se levantó del sofá. Allí, había encontrado un pequeño capullo de calor. Habían pasado sólo unas pocas horas desde su desayuno, pero el frío ya había regresado. Se estiró, cruzó la habitación y abrió la puerta.

El detective Perkins estaba de pie en su porche. Él le dedicó una sonrisa que ella supuso que él pensaba era amistosa. Necesitaba trabajo, ya que le puso los pelos de punta.

—¿Quién es? — Ruby llamó.

Abriendo más la puerta, Charlie respondió —: ¿Recuerdas al detective con el que hablé sobre la señora Butler?

Dejando a un lado sus acertijos, Ruby se levantó con un resoplido y se dirigió a la puerta. Con su abuela a su espalda, Charlie se sintió más a gusto bajo el escrutinio del detective. Todavía estaba sonriendo.

—¿Cómo podemos ayudarle hoy? — Ruby preguntó.

El detective Perkins no pareció afectado por el tono ligeramente helado

—Sólo quería que sepan que hemos llevado el cuerpo al forense. La señora Butler está ahora en manos expertas.

—Bueno, gracias. Agradecemos que se haya tomado el tiempo y la molestia de hacérnoslo saber, detective— respondió Ruby.

El hombre dio un paso adelante y luego dijo —: Hay algo más. También estoy aquí por asuntos no oficiales. He estado hablando con otros miembros de nuestra comunidad, y parece que a muchas personas les preocupa que nuestro pequeño pueblo quede cortado de las líneas de suministro hasta que se restablezca la energía.

Charlie retrocedió dos pasos y se volvió para mirar a Ruby, deseando que hablara.

—Si, puede ser. Pero Meadowview siempre ha sobrevivido. ¿Qué tiene eso que ver con nosotras, detective? — Ruby preguntó.

—Me he encargado de comenzar una colecta, por así decirlo, y estoy trabajando con el reverendo Roberts en la iglesia Meadowview. Queremos reunir una pequeña reserva de productos no perecederos y artículos de higiene esenciales. De esta manera, podemos depender unos de otros en lugar de sentarnos a esperar que el resto del mundo recuerde nuestra existencia. Pensé en preguntarle si tiene algo con lo que pueda contribuir. Como latas de comida o mantas de sobra para los ancianos de la ciudad. La falta de calor será más difícil para ellos, y quiero ayudar en todo lo que pueda.

Charlie frunció el ceño ante sus palabras antes de mirar de nuevo a Ruby, quien tenía el mismo ceño fruncido. Las palabras tenían sentido, al igual que el sentimiento, pero no podía imaginar que las cosas fueran tan malas. Solo había sido un día. La tienda ni siquiera estaba desabastecida. Además, la mayoría de las personas alrededor de Meadowview tenían suficiente comida para varias semanas, gracias a los fanáticos de cupones extremos y a los ávidos cazadores de ofertas.

—No sabía que las cosas fueran tan terribles— dijo finalmente Ruby.

El detective Perkins miró fijamente a Charlie; ojos sin parpadear.

—Todavía no, pero nos gustaría adelantarnos a la situación. Hank ha estado muy ocupado en su tienda y se está quedando sin algunas cosas. La gente entra en pánico y se pone a comprar todo lo que puede, sin dejar para los demás.

—Hablar de faltas de suministros solo hará que la gente sienta más

pánico— comentó Ruby.

—Para nada señora. Todos con los que he hablado parecen entender y aprecian que alguien esté dando un paso al frente para asegurarse de que todos estemos atendidos. Los pueblos pequeños siempre tienen una excelente manera de cuidarse unos a otros. Sé que pasaste décadas lejos de aquí, pero estoy seguro de que recuerdas cómo era.

Charlie sintió que su abuela se tensaba ante sus palabras. Puede que Ruby haya pasado la mitad de su vida viviendo en la comuna con sus padres, pero nació y creció en Meadowview; muchos años antes de que el jefe y su familia se mudaran a la ciudad. A Charlie le pareció extraño que el detective le dijera algo tan grosero a Ruby.

—Le aseguro, detective, que sé exactamente como son los pequeños pueblos. Como seguramente sabrás, mi tatarabuelo fue uno de los primeros oficiales de nuestro pueblo.

Fue satisfactorio ver cómo la sonrisa finalmente se desvanecía del rostro del detective. Charlie no pudo esconder su propia sonrisa. La arrogancia del detective la irritaba y no creyó que hubiera sido capaz de derribarlo como lo acababa de hacer Ruby.

—Charlie, sé amable y toma algunas cajas de pasta seca y tal vez algunas latas para el detective— hizo una pausa para pensar—. Tambien hay un par de mantas en el armario.

Ella asintió antes de escabullirse, dejando al detective y a su abuela mirándose fijamente. No había duda en su mente de que Ruby era la ganadora. Al llegar a la cocina, se asomó a la despensa. Un armario con estantes del piso al techo llenos de productos enlatados, vegetales en escabeche de los jardines de los vecinos y mucho más. Puede que Ruby haya dejado atrás sus días de vivir de la tierra, pero todavía estaba preparada para lo que la vida le deparara. Algo por lo que Charlie estaba agradecida cuando tomó dos cajas de pasta con descuento, tres latas de salchichas y una lata grande de guisantes antes de dirigirse a la habitación de su abuela.

Volviendo a la puerta principal, los dos todavía estaban encerrados en una batalla silenciosa. Aclarándose la garganta, sonrió por la forma

en que el detective Perkins se sobresaltó. Pero la sonrisa del hombre logró nuevamente ahuyentar a la de Charlie.

—Aquí tiene, detective — cuando le entregó la comida y el paquete de mantas de lana, su nariz percibió un olor a lavanda de las bolsitas perfumadas hechas a mano que su abuela doblaba entre la ropa.

El detective las miró por un momento. Charlie sintió que quería presionarlas por más. Conocía la historia de su familia. Podría apostar a que él esperaba que fueran más generosos. Obviamente, él no sabía nada sobre los preparadores. Estos son ellos siendo generosos.

—Gracias— envolvió las mantas en sus brazos y colocó las latas y las dos cajas de pasta encima, demorándose en la puerta.

—Que tenga un buen día, detective— dijo Ruby antes de cerrarle la puerta en la cara.

El suave clic de la cerradura fue el sonido más dulce para los oídos de Charlie. Le sonrió a su abuela mientras negaba con la cabeza.

—Ese hombre está buscando problemas. Recuerda lo que te digo.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Charlie.

Ruby se recostó en su silla.

—La gente entra en pánico por nada. Imagina unos días sin electricidad. Se desesperarán a medida que pasen los días. Los estantes de Hank estarán vacíos en poco tiempo. Entonces la gente empezará a codiciar lo que tienen sus vecinos. El almacenamiento de artículos solo llamará la atención sobre la iglesia. El tipo de atención que puede conducir a algo desagradable.

—Pero la electricidad volverá pronto... ¿verdad?

La voz de Charlie tembló en la última palabra. Nunca se permitiría siquiera considerar lo que sucedería si la energía no volviera. En su mente, podrían ser unos días como máximo. ¿Sería ese tiempo suficiente para que la gente entrara en pánico?

—No importa cuándo regrese— dijo Ruby —. Cuanto más tiempo permanezca apagado, más personas perderán la cabeza. Le doy otros dos días antes de que la gente entre en pánico. Entonces, ese detective verá un lado diferente de esta ciudad.

—Espero que no llegue a eso.

—Yo también, Charlie. Pero prefiero estar preparada para lo peor y tener la mejor sorpresa, que esperar lo mejor y decepcionarme con lo peor.

Ruby tomó su libro de acertijos y lo estudió atentamente.

Harper

—¡Harper, te necesitamos! — llamó Susie.

Harper miró por encima del hombro, dejó sus herramientas y siguió a Susie de vuelta al puesto de enfermeras. Algo en la voz de Susie la hizo acelerar el paso.

—¿Que ocurre?

Suspirando, Susie le dijo —: Ya comenzó. Acaba de llegar alguien con un corte retorcido en la mano por usar una sierra oxidada.

—¿Costuras? — Harper preguntó.

—Costuras.

—¿Dónde está el doctor Anderson?

Susie puso los ojos en blanco.

—Ni idea. No en el salón del personal. El doctor Lawson está con un paciente del que se sospecha una conmoción cerebral por haberse caído del techo. Por qué la gente piensa que ahora es el momento de palear sus techos, de todas las cosas, nunca lo sabré.

El enojo cobró vida dentro de Harper. En lugar de congelarse el trasero mientras tapiaba las ventanas, podría haber estado ayudando, haciendo su trabajo, aquel para el que fue entrenada, y no el trabajo ocupado que John le dio.

Llegaron a la sala de examen para ver a un hombre de cara roja con la mano en forma de cuenco sobre el pecho. Su esposa estaba de pie junto a él con la preocupación estampada en su rostro. Incluso en la tenue luz de las linternas, Harper vio el carmesí que florecía a través de las toallas envueltas alrededor de sus manos.

—¿Usted es el médico? — preguntó el hombre.

Susie y Harper compartieron una mirada antes de que Harper plasmara una sonrisa en su rostro. Ya debería estar acostumbrada a esta pregunta, pero cada vez que alguien la miraba con condescendencia debido a su título, la molestaba. Era tan capaz como cualquiera de los médicos. Demonios, ella tenía una mano más estable

que el doctor Anderson.

—Los médicos están actualmente con otros pacientes— dijo Harper —. Mi nombre es Harper. Soy una enfermera registrada y lo cuidaré hasta que el doctor Anderson pueda venir a verlo.

El hombre dudó antes de responder—: Estoy seguro de que puedo esperar al médico.

—Por supuesto, señor, aunque debo advertirle, puede tomar algún tiempo. Estamos ocupados— le dijo Harper al hombre.

El hombre entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera decir algo, su esposa dijo— : Larry… Solo deja que las enfermeras se encarguen.

El hombre abrió la boca para quejarse, pero la cerró cuando vio la expresión severa en el rostro de su esposa.

Susie lo ayudó a subir a la mesa mientras Harper se ponía los guantes. Con el apagón, no tenían agua corriente. Hacía que mantener las cosas estériles fuera más complicado. Tomando los suministros que necesitaría de los gabinetes, Harper regresó al paciente y ayudó a Susie a desenvolver la toalla que cubría la herida. Fue tan grave como esperaba. Tenía un corte profundo desde la base del pulgar hasta la mitad de la mano. Sin embargo, no vio ningún hueso, lo que fue un alivio.

—Esto arderá— advirtió antes de ponerse a trabajar desinfectando su herida.

—¿Qué sucedió? — preguntó Susie.

Gruñendo de dolor, el hombre se tomó un momento antes de responder:

—Estaba cortando madera. No sé qué pasó, pero un minuto estaba sosteniendo el tronco y al siguiente, había sangre por todas partes.

—Afortunadamente, no golpeaste el hueso— le dijo Harper—. Pero, será una buena cicatriz para presumir.

Él le dio un gruñido, lo que hizo que su esposa pusiera los ojos en blanco. La mujer se removió incómodamente junto a Susie, quien compartió una mirada con Harper. Susie asintió y se volvió hacia la mujer.

—La máquina de café no funciona, pero ¿por qué no vamos a buscar agua para ustedes dos? — ella ofreció gentilmente.

La mujer vaciló y miró a su marido en busca de aprobación. Sus ojos se posaron en su mano, haciendo que todo su rostro palideciera. Sin decir palabra, siguió a Susie fuera de la habitación.

Harper estaba agradecida de que el hombre no fuera un hablador. Le permitió concentrarse en coserle la mano de nuevo.

—Tendrás que volver en tres semanas para que te quiten los puntos, pero ya puedes irte— dijo Harper, inclinándose hacia atrás para examinar la herida.

El hombre se miró la mano antes de decir—: Eso fue rápido.

—No es la primera vez que suturo una mano— le informó Harper, incapaz de ocultar la sonrisa de suficiencia ante la mirada del hombre.

Murmuró su agradecimiento antes de salir de la habitación. Con él fuera, se puso a trabajar limpiando la sangre. Agradeció la excusa para trabajar en algo que no fuera clavar tablas en las puertas de vidrio alrededor del edificio.

—¿Cuántos más crees que veremos hoy? — preguntó Susie.

Harper echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera.

—¿Este día? Probablemente tres, al menos.

—Esperemos que la energía llegue más temprano que tarde. No puedo imaginar cómo se verán las manos de Meadowview si todos tenemos que cortar nuestra propia leña.

—Me sorprende que los humanos hayan cortado madera durante no sé cuántos años sin mutilarse gravemente.

Susi se rió.

—La tecnología nos ha arruinado a todos.

—Me alegraré de tener de vuelta la calefacción central. Incluso sólo un día sin eso me hace darme cuenta de cuánto lo di por sentado— Harper sonrió cuando vio que Olivia se acercaba.

—Hay un señor en el vestíbulo con un tobillo torcido— Olivia frunció el ceño a las dos enfermeras. Como no podía llamar al personal del hospital por el intercomunicador, se vio obligada a dejar

su escritorio para anunciar a cada paciente. Algo que la había desgastado rápidamente durante todo el día.

—Yo me encargo — dijo Harper.

—Lo puse en la habitación 119— le dijo Olivia antes de volver corriendo hacia el frente del hospital.

Al entrar, Harper encontró a un hombre de treinta y tantos años, bien afeitado, que se estremecía mientras miraba los gráficos en la pared.

—Hola— dijo Harper.

Él sonrió mientras hacía contacto visual.

—Eso fue rápido. Creí que llevaría más tiempo para que alguien me atendiera.

—Los beneficios de los hospitales de pueblos pequeños, supongo— le dijo Harper—. Escuché que tienes un esguince de tobillo. ¿Necesitas ayuda para subirte a la mesa de examen?

—Puedo arreglármelas— dijo el hombre.

Cojeó hasta la mesa de examen y, sin gracia, se sentó encima. Poniéndose los guantes, Harper se dispuso a examinar su pierna. Efectivamente, el tobillo estaba muy hinchado. Ella dudó por un momento. Se sintió mal diagnosticar sin enviarlo a hacerse una radiografía. ¿Qué ocurriría si en realidad se fracturó?

—¿Qué sucedió? —preguntó, comprándose un momento antes de tener que dar una opinión.

El hombre hizo una mueca.

—El hielo. Salí a caminar y me topé con un parche. Lo siguiente que supe fue que estaba sobre mi trasero y me dolía el tobillo.

—Bueno, la buena noticia es que no se siente roto— le dijo Harper —. Te lo vendaré y traeré un poco de hielo.

—Gracias…

—Enfermera Newman— le dijo Harper.

Él le sonrió.

—Soy Howard. Acabo de mudarme a la ciudad. Menos de una semana viviendo aquí, y no puedo creer que ya me encontré en el

hospital.

Algo en sus palabras la hizo sentir incómoda; sus ojos no habían dejado su rostro. Ella sintió que él la estaba midiendo. Que podía ver directamente a través de ella.

—Regresaré con un poco de hielo— dijo Harper.

En el pasillo, se topó con Susie. Las dos mujeres intercambiaron miradas antes de que Harper asintiera por el pasillo hacia la estación de enfermeras. Sin palabras, se abrieron paso.

—¿Que está pasando? — preguntó Susie.

Harper bajó la voz a un susurro.

—Nada, sólo algo sobre ese paciente estaba mal. ¿Alguna vez has recibido esas vibras extrañas de alguien?

—Todo el tiempo— respondió Susie con una leve sonrisa —. Puedo terminar con él. Te debo.

—Te lo agradecería, gracias. Solo necesita hielo y su tobillo vendado.

Antes de que Susie pudiera responder, Olivia interrumpió y les hizo saber que había un niño vomitando por todo el vestíbulo. Suspirando, Harper tomó un balde mientras seguía a Olivia a la sala de espera. Efectivamente, había un niño sentado junto a su madre preocupada, con un cuenco en su regazo.

Harper evitó a John durante el resto de su turno de diez horas. Mientras entraba en la fría noche, se preguntó qué le depararía el mañana. Estaba equivocada antes; terminó cosiendo cuatro manos más, y admitieron a tres niños con vómitos y fiebre.

El agotamiento tiró de ella cuando comenzó la caminata de regreso a la casa.

—¡Harper!

Mirando a través del estacionamiento, vio como Javier emergía de la nieve. Su sonrisa se amplió cuando lo observó. Todavía vestía el uniforme y se veía tan exhausto como ella. Fue un alivio verlo, aunque una mirada a su rostro sirvió como un recordatorio no deseado de que podía irse de Meadowview. Todo lo que necesitaría sería una llamada

y él se iría sin forma de comunicarse con ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ella preguntó.

Él la atrajo hacia si, envolviendo sus brazos alrededor de ella y rozando sus labios. Por un minuto, se dejó perder en su aroma familiar. Cuando dio un paso atrás y volvió el frío helado, ella se estremeció. Nada la haría más feliz que poder aferrarse a él, pero ella no era ese tipo de persona. Él tampoco. Aun así, el corte de energía había provocado un extraño impulso en ella.

—Venía a buscarte— le dijo—. Mi papá pasó antes, quería avisarme que va a celebrar una reunión esta noche. Pensé que deberíamos hacer una aparición.

Harper no detuvo la queja que escapó de sus labios. A veces, era fácil olvidar que el padre de Javier era el alcalde de Meadowview. Rara vez exigía su presencia en las reuniones. Por lo general, no había una razón para hacerlo. La familia Ramírez había estado en Meadowview desde el principio, como le gustaba decir al alcalde Ramírez a cualquiera que quisiera escuchar. Entonces, tenía sentido que todas las demás generaciones se postularan para un cargo.

Harper sonreía junto con él cada vez que bromeaba que serían los hijos de Javier o de Olivia los que seguirían sus zapatos. Siempre había pensado que Meadowview era un pueblo demasiado pequeño para necesitar siquiera un alcalde. En secreto, esperaba que Olivia fuera la que tuviera el primer nieto y fuera la que continuara con la tradición.

—¿No es un poco prematuro tener una reunión? No puedo imaginar que terminará en otra cosa que no sea hacer que la gente entre en pánico.

Javier encogió los hombros.

—Sí, quizás. Me preguntó si había oído algo sobre lo que estaba pasando.

—¿Y?

—No, nada oficial, y se lo dije. No ha habido mucha comunicación. Han pasado décadas desde que alguien tuvo que depender de las

radios para hablar. Es un milagro que incluso haya escuchado tanto como lo he hecho.

—¿Has oído algo?

Javier tenía una mirada de preocupación en sus ojos.

—Yo no dije eso.

—Lo hiciste.

—No es nada, Harper. No quiero decir nada que no sea cierto.

Dando un paso atrás, ella lo miró fijamente. Nunca le había ocultado cosas. No era así como funcionaba su relación. Habían prosperado en la sobre comunicación. Había estado más que dispuesto a contarle todo sobre los aviones ayer. No podía imaginar lo que él había escuchado que de repente lo haría no querer compartir. A menos que le estuviera ocultando cosas por alguna otra razón.

Como si leyera su mente, tomó el rostro de Harper entre sus manos.

—No es que te esté ocultando cosas, nena.

—No, es exactamente así— espetó ella—. ¿Qué pasa Javier? ¿Qué es lo que no quieres decirme?

—¿Podemos tener esta conversación en casa? Me gustaría cambiarme antes de ir al ayuntamiento... Ah, y debo mencionar que escuché que los Harrison estaban preparando una parrillada. ¿Te imaginas una comida al aire libre en un clima como este?

Entrecerrando los ojos, Harper respondió—: No. Sé cuándo intentas cambiar de tema. Háblame. Aquí funciona tan bien como en casa.

Charlie

Después de dormir la mayoría de la tarde, Charlie era un manojo de energía nerviosa. No estaba acostumbrada a la tranquilidad. A medida que pasaban las horas, se volvió más y más inquieta, hasta que finalmente Ruby sugirió amablemente que cortara más leña para el fuego.

La nieve crujía bajo sus botas mientras recogía las ramas caídas. El aire helado fluyó a su alrededor mientras caía más nieve, cubriendo el mundo con un blanco suave. Casi sería pacífico, si no fuera por el constante gemido de los árboles y los golpes cuando las ramas cedían y caían al suelo. Charlie estaba más nerviosa que de costumbre mientras maniobraba por el patio trasero. Cada crujido la hizo saltar y cada golpe la hizo escanear el patio. Afortunadamente, su bloque no tenía casas destruidas por los árboles. Aún.

Una vez que sus brazos estuvieron llenos, regresó a la casa. Estaba desconcertada al escuchar voces. Al mirar hacia la sala delantera, vio a Ruby riéndose con su vecino, George. Su barriga gigante y su barba blanca le recordaban a Santa Claus. El rostro iluminado con una sonrisa constante era solo una prueba más de por qué la ciudad siempre le pedía que jugara a ser el alegre señor Claus cada temporada de vacaciones. Ella sonrió mientras entraba en la habitación para unirse a ellos.

—Charlie— gritó George al verla—. Le estaba diciendo a tu abuela lo afortunada que es de tenerte aquí para ayudar con este lío.

—Me alegro de estar aquí— admitió Charlie.

Ruby se rió entre dientes mientras miraba a George.

—Estoy agradecido por la compañía. Sería tan solitario estar sentada aquí sola.

—Tonterías— dijo George—. Las damas al final de la cuadra se han unido, establecieron un pequeño círculo de tejido en la casa de Lynda. Hubieras tejido con ellas durante el frío.

—Gracias a Dios por Charlie, entonces— Ruby le guiñó un ojo a su nieta.

La risa de George rebotó por la habitación e hizo que Charlie se riera junto con él. No dudaba de que Ruby habría estado bien sola, pero fue un alivio que estuviera allí para ayudarla. En ese momento, estaba más contenta que nunca con su elección de venir aquí.

—Debería considerar qué preparar para ese picnic o como lo llamen, que los Harrison están planeando. Escuché que los Johnson se enteraron de esto y organizaron su propia fiesta— comentó Ruby con una sonrisa.

—Ensalada de patata— respondió inmediatamente George—. Para ambos eventos. Nunca puedo tener suficiente de la tuya.

Charlie arrugó la frente.

—¿Un picnic? ¿Sin electricidad y en medio de una tormenta de nieve?

—Bienvenida a Meadowview— dijo Ruby con una sonrisa—. Aquí, todo y cualquier cosa puede resolverse mediante una recaudación de fondos comunitaria o un evento social.

—Claro— respondió Charlie, poniendo los ojos en blanco.

—Oh, antes de irme, ¿vas a ir a la reunión del ayuntamiento más tarde? — George preguntó mientras se movía hacia la puerta.

—Supongo que no debería sorprenderme— Ruby suspiró—. Perderlo no es una opción, desafortunadamente.

La última parte estaba dirigida a Charlie, quien asintió como si entendiera el razonamiento detrás de las palabras de su abuela. Desde que se mudó a Meadowview, no había oído hablar de las reuniones de la ciudad. No motivo para hacerlas. Al ser el pueblo lo suficientemente pequeño como para que todos conocieran a todos, una publicación de Facebook generalmente era todo lo que se necesitaba para difundir la información. Charlie suspiró. Sin energía significaba que no había internet. La gente tendría un millón de preguntas.

—Les guardaré un asiento, señoras— dijo George—. Dejaré de molestarlas. Quería pasar con todos en la calle y asegurarme que estén

bien. Saldremos adelante.

—Eso haremos— respondió Ruby.

Charlie sonrió cuando George asintió antes de salir a la tarde nevada. En el momento en que la puerta se cerró, Ruby hizo una mueca antes de volverse hacia Charlie.

—Las reuniones del pueblo son siempre especiales— le dijo Ruby—. El caos reina supremo. A la gente le hieren los sentimientos y hay gritos. Montones y montones de gritos. A los pueblos pequeños les encanta su dramatismo. Una vez que termina, todos se reúnen para comer galletas y limonada mientras chismorrean sobre quién hizo la escena más grande. Es agotador.

—¿Por qué dijiste que faltar no es una opción?

—Bueno, querida… A pesar de haber nacido y crecido aquí, soy una extraña. Todavía no confían en mí, sin importar los años que he vivido aquí. Si no me presento, les daría a todos la oportunidad de arrastrar mi nombre por el barro. Preferiría estar allí como un recordatorio para ellos de que todavía soy un ser humano. A veces, creo que los entrometidos de este pueblo se olvidan de eso.

—Eso suena horrible, ¿nunca te afecta?

—Sólo si dejas que te afecte, querida. Estoy acostumbrada a eso. Siempre tuve la piel gruesa. Nada de lo que digan y ninguno de sus ceños fruncido cambiará jamás quién soy. Simplemente no les gusta que me fui de la ciudad durante treinta años.

Charlie se mordió el labio mientras asentía. No entendía cómo la gente del pueblo pensaba que Ruby era una forastera cuando solo se había mudado a unos pocos kilómetros de la ciudad. No era como si ella no tuviera conexiones. Todavía había comprado suministros y dado a luz a su único hijo en el hospital local. Tenía un nudo de nervios en el estómago; ¿Qué tenían que decir sobre ella?

—Llena una olla con nieve, ¿quieres? Podemos calentarlo y lavarnos el pelo. Darle a las damas algo de lo que estar verdaderamente envidiosas— Ruby guiñó un ojo.

Agarrando una vieja olla de metal de la cocina, Charlie retrocedió a

la tarde invernal. Agachándose, echó nieve en la olla mientras su mente divagaba. Ya había sentido sus miradas cuando había estado en la ciudad, pero sólo era alguna que otra persona. Odiaba lo nerviosa que estaba por la reunión. Todos la mirarían boquiabiertos. Ella era la desertora prepper.

«Todos nos tienen envidia porque sabemos y nos preparamos para cuando la era moderna se derrumbe. Serán los tontos que no podrán sobrevivir. Por eso se quedan mirando, Charlie. Son envidiosos.»

Las palabras de su padre flotaron en su mente cuando volvió a entrar. No hablaron mientras Ruby calentaba el agua y lavaba el cabello de Charlie antes de cambiarse. Temblando por el frío que había ido entrando cada vez más en la casa, se sentaron frente al fuego con el pelo chorreando. Charlie cepilló el suyo distraídamente mientras Ruby trenzaba su cabello largo y blanco.

—Será mejor que comamos también— Ruby envolvió las galletas sobrantes de esa mañana en papel de aluminio y se las arrojó a Charlie para que las colocara frente al fuego. Luego vertió una lata de sopa de tomate en una olla y la revolvió al fuego mientras Charlie la observaba. El vapor de la sopa se elevó y pronto el delicioso aroma llenó la habitación. Cualquiera que haya acampado alguna vez, aunque sólo haya sido una vez, sabía algo sobre cómo sobrevivir sin electricidad y otras comodidades modernas. Era difícil ver los beneficios de vivir lejos de la civilización. Su mente dio vueltas. Charlie no pudo encontrar ninguna razón lógica por la que su infancia tuviera que ser así. ¿Por qué no podía tener amigos e ir a la escuela como las niñas de sus libros? El razonamiento de sus padres nunca le había sentado bien. Incluso menos ahora que vivía en Meadowview.

—Parece que tus pensamientos te están comiendo viva— comentó Ruby mientras revolvía la sopa burbujeante.

Charlie trató de sonreír, pero falló.

—A veces, es difícil entender por qué mis padres eligieron vivir de la forma en que lo hacen. Y por qué pensaron que esa era la mejor manera de criarnos a Cass y a mí.

Ruby se quedó en silencio, perdida en la contemplación. Entonces salieron las palabras.

—Me fui porque no me gustaba lo aislada que le gustaba estar a la comunidad prepper. Argumenté que ustedes, niñas pequeñas, especialmente, no se estaban beneficiando. Que deberían estar cerca de otros niños— Ruby volvió a remover la sopa y espolvoreó un poco de pimienta negra—. A veces, las personas hacen lo que creen que es mejor porque no saben nada mejor. Cuando tuve a tu padre, comencé a ver las fallas en la comunidad. Quería que tu padre tuviera una vida normal y vi que no lo haría si me quedaba.

—Pero no te fuiste hasta que él fue un adulto.

Su abuela negó con la cabeza.

—Me fui durante cinco años justo después de tener a tu padre. Lo llevé conmigo. Pero a medida que crecía, parecía tan injusto alejarlo de su padre. Tu abuelo no era un hombre perfecto, pero me amaba y amaba a tu papá. Trató de hacer lo correcto por nosotros hasta su último aliento.

—¿Te arrepientes de haber regresado?

—Cuando vi la dirección en la que se dirigía tu padre, sí. No era la vida que quería para él. Sus primeros años los pasó viviendo en esta misma casa con mis padres. Pensé que se quedaría aquí, pero no fue así. Volvió la nariz hacia esta forma de vida.

Ruby apartó la olla del fuego y vertió la sopa en tazones. Charlie desenvolvió las galletas y le entregó una. Mordiendo la masa caliente, su mente divagó. Ella nunca supo que su padre había dejado la comunidad. Ni una sola vez dijo una palabra que sugiriera que no había pasado cada momento vivo en la comuna. La frustración se mezcló con traición cuando las palabras de Ruby la golpearon.

—Me dijo que, si me iba, no me recibirían como a un igual.

Ruby sumergió una galleta en la sopa humeante y le dio un mordisco, masticando lentamente.

—No me sorprende. Sin embargo, todavía haces el viaje para visitarlos una vez al mes.

—No sé por qué lo hago. Apenas me dicen una palabra en todo el tiempo que estoy allí, pero no quiero darles la espalda. Incluso si pueden ignorarme tan fácilmente.

—Tus padres son unos idiotas por no esforzarse más en entenderte a ti y a tu hermana.

Suspirando, Charlie preguntó.

—¿Qué hubiera pasado si yo hubiera hecho un mayor esfuerzo por entenderlos y por qué eligieron esa vida?

—Si tan sólo fuera así de simple— Ruby sopló en el cuenco y observó cómo se elevaba el vapor—. Supongo que funciona en ambos sentidos, aunque creo que parte de crecer es querer ver el mundo. Experimentar cosas nuevas fuera de casa. Tus padres nunca tuvieron la urgencia, pero yo sabía que la comunidad no era lo suficientemente grande para ti y Cass.

Ambas se quedaron en silencio mientras masticaban sus galletas y vaciaban sus tazones. Charlie le sonrió a su abuela, aunque no llegó a sus ojos. Ruby le dio unas palmaditas en la mano antes de tomar su plato de sopa ahora vacío. Con el cabello secándose y el estómago lleno, Charlie se echó hacia atrás. Las familias eran complicadas. Había leído suficientes libros para saber que esto no era algo exclusivo de su educación. Ella sólo deseaba que todo tuviera más sentido. Cuanto más tiempo estaba lejos de sus padres, menos parecía tenerlo. Quería preguntarles por qué, pero sabía que sería una pérdida de aliento.

—Deberíamos abrigarnos y dirigirnos hacia el ayuntamiento— le dijo Ruby.

Estirándose, Charlie se dirigió a su dormitorio. Entrar en la habitación fue como abrir el congelador mientras el aire frío la envolvía, ahuyentando el calor que quedaba del fuego. Temblando, se puso un par de jeans limpios y una sudadera con capucha sobre su camisa de manga larga. Desafortunadamente, la ropa hizo poco para darle calor.

Al darse la vuelta para irse, vio su reflejo en el espejo sobre la

cómoda. Su piel era pálida y había sombras oscuras debajo de sus ojos. Al menos su cabello no estaba lacio y sin vida alrededor de sus hombros. Dudó por un momento antes de cruzar a la cómoda. Sacando el poco maquillaje que tenía, frunció el ceño en el espejo.

—No tienes que impresionarlos— le dijo a su reflejo.

Aun así, se delineó los ojos azul profundo y se puso rímel. Suficiente maquillaje para que pareciera menos agotada. Arrugando la nariz, tapó el aplicador de rímel y regresó a la parte más cálida de la casa. Ruby la miró. Esperó a que su abuela hiciera un comentario sobre su apariencia.

—No te olvides de agarrar una linterna— fue todo lo que dijo.

Harper

De pie en la nieve, Harper apenas registró el frío. Dos palabras se repetían en su cabeza como un extraño mantra.

«Ley marcial»

—¿Harper?

Parpadeando, miró a Javier, sus ojos color avellana llenos de preocupación mientras él la observaba, midiendo su reacción. Se pasó una mano por el pelo oscuro. Se había vuelto un poco más largo, mucho más largo que el rapado que normalmente usaba. Una señal de que había considerado su advertencia para que se relajara, que a la Guardia Nacional no le importaba su cabello, solo su desempeño. El pensamiento de la Guardia Nacional la trajo de vuelta a lo que le había oído decir momentos antes. Solo habían pasado un par de días, ¿pero ya se hablaba de la ley marcial?

—Ley marcial— repitió—. ¿Estás seguro de que eso es lo que estaban diciendo?

—Estoy seguro.

—Esto no tiene sentido, Javier. Es sólo un corte de energía y una tormenta desagradable. Entonces, ¿por qué llegar a este extremo?

—Sabes que es más que eso, nena. Son los aviones cayendo. De repente, nada funciona. Nada de eso suma. La mayoría parece pensar que es un ataque terrorista.

—¿Qué significa eso para ti? ¿Para nosotros?

—No lo sé, sinceramente. Podría quedarme aquí, o podrían enviarme a otro lugar. Lo más probable es que sea local.

Harper luchó por entenderlo todo. Se sentía como si hubiera cerrado los ojos y despertado en un universo extraño, de pie en una tormenta de nieve discutiendo la posibilidad de un ataque terrorista y la Ley Marcial. Se sentía como si su peor pesadilla se hubiera estrellado contra la realidad.

—¿Son las cosas realmente tan malas?

—Así parece. La gente está varada. Los disturbios han afectado a Portland y Salem, y los hospitales están desbordados.

Harper envió un agradecimiento silencioso al universo porque su pequeño hospital estaba lo suficientemente escondido como para no haber sido inundado de pacientes graves. No podía imaginar cómo los otros hospitales harían frente a la gente que entraba a raudales por sus puertas. Le rompió el corazón.

—Si esto es un ataque terrorista, ¿qué significa eso?

Sus ojos se encontraron con los de ella.

—Guerra.

Las dos palabras que había dicho antes no eran nada comparadas con esto. Guerra. ¿No había visto el mundo suficiente violencia? Pensar que su país estaba al borde de la guerra… Sintió que le temblaban los brazos, pero esto no era el frío.

—No puedes decir una palabra, Harper. Decírtelo va en contra de mis órdenes.

Apenas capaz de salir de sus pensamientos, susurró—: No lo haré— No había nadie más a quien le diría de todos modos, aparte de su familia, pero sin teléfonos no podía comunicarse con ellos.

—Oh…— Miró con los ojos muy abiertos a Javier—. Mi familia.

Habían pasado tres días desde la última vez que habló con ellos. En la casa Newman, eso bien podría haber sido una década. Su familia era cercana. Algo que amaba y odiaba. En el caos del último día, no se le había pasado por la cabeza que podría pasar algún tiempo hasta que tuviera noticias de ellos.

—Si Shelby todavía tiene esa radio, podríamos comunicarnos— dijo Javier.

Harper resopló, un sonido de frustración. Probablemente enterrado bajo una pila de ropa en su habitación o empujado al fondo del armario; dudaba que su hermanita tuviera la radio cerca. Durante un mes antes de que Harper se mudara, Shelby había estado muy interesada en la radioafición. Así fue como Shelby y Javier se unieron. Encorvado sobre el CB que le había dado, ya que le había enseñado a

usarlo. Sonriendo ante el recuerdo, Harper respiró hondo. Unos días, se dijo a sí misma.

—Deberíamos irnos— dijo Harper, enderezándose y apartando la nostalgia.

No era frecuente que sintiera el tirón del anhelo por la familiaridad de Seattle, y no estaba dispuesta a dejar que Javier viera que estaba sufriendo. La culpa lo arrastraría hacia abajo. No, ella pondría cara de valiente, al menos delante de él.

—No tenemos que ser los primeros en llegar— dijo Javier, acercándose a ella.

La preocupación brillaba en sus ojos. Necesitó todo en ella para no derrumbarse frente a él. Él podría bien estar por irse. No quería que sus últimos recuerdos con ella estuvieran manchados por la culpa y sus lágrimas.

—Sí, tenemos— le dijo ella—. O tu familia enviará el grupo de búsqueda.

Tomando su mano, la atrajo hacia él. Sosteniéndola, se tomó un momento para aprovechar su fuerza. La necesitaría cuando se enfrentara al juicio de todo el pueblo. Incluso después de un año, ella seguía siendo la forastera que les había robado al guapo y heroico hijo del alcalde. Ella lo conquistó. La vida pueblerina era otra cosa, pero eso no significaba que no le molestara tener que demostrar que era tan digna de Javier como aquellos que lo habían conocido toda su vida.

—Todavía hay tiempo para ir a casa y cambiarse— dijo Javier.

Suavemente, ella se soltó de sus brazos y presionó sus labios contra su mejilla.

—Está bien. Tal vez les recuerde a todos que no soy la seductora villana que está aquí para robarles a sus hombres.

Bufando por su pobre chiste, Javier dio un paso atrás y tomó su mano. Uno al lado del otro, se dirigieron hacia el ayuntamiento.

Olivia les hizo señas cuando los vio entrar en el gran salón de reuniones.

—Estaba preocupada.

Harper apretó la mano de Javier antes de soltarla. Le dio a su hermana un rápido abrazo, mirando alrededor a los asientos, en su mayoría vacíos.

—La reunión ni siquiera ha comenzado todavía— observó.

Poniendo los ojos en blanco, Olivia dijo—: Claro, pero ya sabes, papá. Le gusta poner un frente unido. Él querrá que estés aquí para ayudar a responder preguntas. Deberías ir a buscarlo. Tomaré asientos con Harper.

Javier y Harper intercambiaron una mirada. Él le plantó un beso en la frente antes de desaparecer. Con ojos sonrientes, Olivia enlazó su brazo con el de Harper.

—Ustedes dos son demasiado lindos— dijo mientras conducía a Harper hacia la primera fila.

—¿Dónde está Justin?

Con los ojos revoloteando hacia la puerta, Olivia dijo—: Está aquí. Atrás pateando una pelota con algunos de sus alumnos. Algo al respecto hace que las cosas se sientan más normales.

Harper esbozó una sonrisa. Al igual que Javier, Justin trabajaba en la escuela local. Como profesor de matemáticas para niños en edad de escuela intermedia, se tomaba su trabajo en serio y siempre buscaba formas de involucrar a sus alumnos. Patear una pelota era solo otra forma de hacerlo.

—¿Javier dijo algo? — preguntó Olivia en el momento en que tomaron sus asientos, al frente y al centro.

—No— Ella mintió.

Haciendo pucheros, Olivia continuó.

—Esperaba que lo hubiera hecho. Todos están confundidos acerca de lo que está pasando y por qué papá convocó esta reunión.

—¿Por qué lo hizo?

—No estoy seguro— Olivia admitió encogiéndose de hombros—. Creo que quiere asegurarse de que todos sepan qué esperar y asegurarse de que todos aguantemos.

Harper emitió un sonido evasivo cuando una mujer se acercó a

Olivia. Apartándose de su conversación, dejó que sus ojos escanearan la creciente multitud. Los susurros y las risas flotaron en el aire mientras la gente del pueblo tomaba sus asientos. Varios de sus pacientes le enviaron sonrisas y saludos, que Harper felizmente devolvió.

—Cielos, hace mucho frío aquí— dijeron Lettie, Olivia y la mamá de Javier mientras tomaba el asiento vacío junto a Harper. Incluso con las velas parpadeando en los rincones, la cavernosa habitación aún conservaba el frío. Harper estaba seguro de que una vez que llegara más gente y la reunión comenzara, se animaría.

—¿Cómo estás, querida? — preguntó Lettie.

Harper sonrió.

—¿Olivia te ha contado sobre todos los hombres que llegan con heridas de hacha?

—Lo hizo. No me sorprende. Atrapé a Héctor mirando su hacha oxidada esta mañana y rápidamente descarté cualquier idea que tuviera.

—Me alegraré cuando vuelva la energía y no tengamos que preocuparnos por recoger leña.

—¿Javier te mencionó algo? ¿Cualquier actualización?

La frustración brotó dentro de ella ante la pregunta de Lettie. Entendía por qué todos asumieron que Javier le habría contó todo, pero eso no significaba que se lo contaría a todos los que le preguntaron, incluso si era su madre. Especialmente no lo que le había dicho hoy.

—No, parece tan a oscuras como nosotros— le dijo Harper a Lettie.

Odiaba la mentira, pero se tragó su culpa. Era mejor así. Cuantos menos lo supieran, menos probable era que entraran en pánico. No podía imaginar lo inundado que estaría su pequeño hospital si todos temieran ser atacados. El pánico siempre parecía conducir a la estupidez.

Charlie

Permaneciendo al lado de Ruby, Charlie sonrió nerviosamente a las personas que miraban en su dirección. Escuchó los susurros. Tratar de convencerse a sí misma de que no eran ellas dos las que provocaban el ceño fruncido y los susurros hizo poco para ayudarla a relajarse. Fue un alivio encontrar a George haciéndoles señas para que bajaran. Fiel a su palabra, les había guardado dos lugares. Su amplia sonrisa mientras se sentaban fue suficiente para que finalmente dejara caer los hombros.

—Parece que todos asistieron— dijo George—. Cierto, asegúrate de triplicar esa ensalada de papa, Ruby. Escuché que otros quieren llevar sus propias cosas. Algunos esperan que sea una forma de recaudar fondos o algo así.

—¿Recaudar fondos para qué? — preguntó Charlie.

George se volvió hacia Charlie.

—Para cualquier cosa, no importa. Es sólo una excusa para que todos se reúnan, coman y cotilleen.

El salón se agitó, todas las sillas plegables se abrieron, dejando a la gente dando vueltas mientras esperaban que comenzara la reunión. Había algo en el aire que Charlie no podía identificar. ¿La gente estaba relajada o ansiosa? No podía decirlo, y eso la inquietaba.

—Bienvenidos— dijo una voz retumbante desde el escenario.

Las voces se desvanecieron cuando todos los ojos se volvieron hacia el alcalde de pie, con los hombros hacia atrás, en el podio. Charlie notó que el detective Perkins estaba detrás de él, justo al lado del reverendo. Había un tercer hombre que no reconoció. Más joven que el alcalde, pero con la piel un poco más morena y ojos brillantes. Se preguntó si sería el hijo del alcalde. Había oído rumores en la tienda sobre lo guapo que era. Y que pena que había sido que se enamorara de una chica de la ciudad.

—Espero que todos hayan estado aguantando. Sé que las cosas han

sido un poco difíciles para algunos de nosotros— dijo el alcalde mientras miraba a su audiencia—. También sé que todos tienen curiosidad acerca de por qué convoqué esta reunión. Entonces, iré directamente al grano. Por lo que parece, todo el estado está sin energía. Las cosas han estado mal con la tormenta… Podrían pasar semanas antes de que recuperemos la electricidad. — El alcalde miró alrededor del salón como si intentara medir la reacción.

Hubo una pausa antes de que la gente comenzara a lanzar preguntas. Eran tantas las voces que se fusionaron en una cacofonía. Charlie se sorprendería si pudiera distinguirlos, pero el alcalde no parecía afectado por las preguntas confusas mientras miraba a la gente del pueblo. Después de un momento, levantó una mano. La habitación volvió a quedar en silencio.

—Sé que todos ustedes tienen preguntas, y las contestaré todas, pero voy a necesitar que vayan una por una—dijo—. Pero primero, Linda Harrison me ha pedido que les recuerde a todos el almuerzo que tiene planeado para maña. Le gustaría que todos trajeran un plato y espera que esto nos una a todos frente a la tormenta y el apagón.

—Señor alcalde, ¿eso significa que pasarán semanas hasta que volvamos a tener energía? — preguntó un hombre en el frente, yendo directamente al grano.

El alcalde parecía solemne mientras consideraba la pregunta.

—Ese es el peor de los casos, sí. Pero, desafortunadamente, todavía no he escuchado nada de las compañías eléctricas locales. Con las líneas telefónicas también caídas, nos pone en una situación única de no saber tanto como nos gustaría.

—¿Qué pasa con la Guardia Nacional que vi? ¿Qué está pasando con ellos? — preguntó una mujer joven con un bebé en sus brazos.

Ante esto, el alcalde se giró y miró al hombre más joven detrás de él. Incluso desde la distancia, Charlie lo vio fruncir el ceño y negar con la cabeza. Era como si el alcalde estuviera tratando de persuadirlo para que respondiera la pregunta, pero cuando no se movió, el alcalde se dio por vencido.

—Es sólo una precaución, nada de qué alarmarse—dijo el alcalde—. Javier me aseguró que su presencia no debería alarmarnos.

Varias personas resoplaron. Claramente, no le creyeron. Una mirada alrededor de la sala de reuniones y Charlie se dio cuenta de que la mayoría de la gente preferiría que la Guardia Nacional no hiciera alarde de su presencia.

—¿Qué es eso que escuché sobre la caída de las cadenas de suministro? — gritó alguien desde el fondo de la sala, acallando los murmullos.

El alcalde fingió aclararse la garganta.

—Nuevamente, con las líneas telefónicas caídas, no hay mucho que pueda informar sobre eso. Sin embargo, me han informado que hay miembros de nuestra comunidad que se han encargado de abordar este problema. Cederé la palabra al detective Perkins y al reverendo Roberts.

Cuando el alcalde dio un paso atrás, hubo una dispersión de voces. Charlie aguzó el oído, curiosa por captar las palabras, pero no pudo distinguirlas. El detective Perkins esperó varios segundos mientras la sala quedaba en silencio una vez más.

—Gracias, alcalde Ramírez— dijo. Charlie se preguntó si sabía que esto no era una entrega de premios. Su sonrisa decía lo contrario mientras continuaba—: Me he asociado con el reverendo Roberts para trabajar en la recolección de donaciones. Esperamos poder apoyar a los miembros de nuestra comunidad en caso de que se rompa la cadena de suministro. Por encima de todo, quiero asegurarme de que tengamos suficiente ropa de abrigo y mantas para repartir entre los miembros mayores de nuestra comunidad y las personas con niños pequeños, aquellos que serán los más afectados mientras la electricidad falte.

—¿Eso significa que no recibiremos más entregas? — gritó una voz.

—¿Cómo van a determinar quién recibe qué? — preguntó otra voz.

—¿Y si no tenemos nada que dar? ¿Todavía podemos tomar lo que necesitamos?

Con los brazos cruzados con fuerza contra su pecho, el detective Perkins miró alrededor de la habitación mientras le lanzaban las preguntas. A diferencia del alcalde, no le dijo a la gente que hablaran uno a la vez. En cambio, parecía disfrutar del caos. Charlie notó lo engreído que se veía parado allí. Le tomó varios minutos, pero una vez que las preguntas se calmaron, finalmente volvió a hablar.

—Como todos ustedes, no he oído nada. Pero quiero que estemos preparados. Nuestra pequeña comunidad ha hecho mucho por mí y ahora siento que puedo corresponder. Pasen por la iglesia o el departamento de policía con cualquier donación. Serían muy apreciados.

Hubo un momento de silencio antes de que una voz fuerte y grave gritara.

—Si es probable que nos quedemos sin suministros, ¿por qué mantenemos a los turistas aquí?

La pregunta hizo que las voces se alzaran y Charlie observó cómo la sonrisa del detective vacilaba. Ni siquiera sabía que había turistas en la ciudad. ¿Por qué alguien planearía unas vacaciones en su pequeño pueblo? Ella no sabía.

Inclinándose hacia Ruby, preguntó—: ¿Turistas?

—Hay un pequeño motel a unas pocas millas— susurró Ruby—. En esta época del año, por lo general hay algunas personas que no pudieron obtener reservas en los albergues de esquí de la carretera. Unos pocos cazadores. Esa clase de cosas.

—No veo por qué estar aquí es un problema. ¿No están tan atrapados aquí como nosotros?

Ruby la miró a los ojos.

—Si tan solo fuera así de simple, querida.

Desconcertada, Charlie volvió su atención a la reunión. El alcalde había vuelto a adelantarse y estrechaba la mano del detective y del reverendo. Sintió que era el comienzo de una broma sombría mientras las preguntas volaban.

—De acuerdo, de acuerdo— El alcalde levantó las manos.

La habitación no se quedó en silencio esta vez. La gente parecía haberse alterado por los turistas. Charlie todavía no entendía por qué eso debería ser un problema. A lo sumo, la energía estaría cortada por unos días. Tal vez una semana. Entonces la vida volvería a la normalidad. Quizás Ruby tenía razón. Lo que estaban haciendo el detective y el reverendo solo estaba causando pánico.

—Si pudiéramos tener tranquilidad, entonces podemos continuar— dijo el alcalde.

—Queremos saber qué vas a hacer con los turistas— gritó alguien.

Otra voz agregó—: Es injusto para nosotros que tengamos que apoyarlos y desperdiciar nuestros suministros en ellos. No son uno de nosotros.

El alcalde volvió a levantar las manos, con la sonrisa congelada mientras intentaba recuperar el control de la reunión. Estaba claro para Charlie que las cosas se habían deslizado demasiado cerca de la gente entrando en pánico. Solo la mera mención de la posibilidad de que las cadenas de suministro pudieran interrumpirse fue suficiente para enviar a la gente a la desesperación. La conversación tampoco tardó mucho en llegar a un "ellos contra nosotros". Menos de diez minutos después de la reunión, y ya había llegado a eso.

Solo habían pasado un par de días. Charlie no podía imaginar cuánto peor serían las cosas la próxima semana. Ella se encogió en su silla. Solo se necesitaría una persona para señalarla con el dedo y etiquetarla como una extraña.

—Todavía tenemos muchos recursos para todos— dijo el alcalde. Aunque Charlie se preguntó si alguien siquiera lo seguía escuchando.

La habitación ahora estaba llena de voces. Varias personas se habían puesto de pie de un salto, incapaces de contener más las palabras de enojo. Charlie lo observó todo antes de volverse hacia su abuela; su rostro estaba inexpresivo. George parecía cauteloso, pero tampoco había alarma en su rostro arrugado.

—¿Esto es normal?

—Desafortunadamente— murmuró George—. Maldita gente de

mente cerrada. Piensa que solo porque sus papás y abuelos vivieron aquí, les da algún tipo de prioridad sobre todos los demás.

—Espera... ¿lo de los turistas no es un tema nuevo?

Ruby negó con la cabeza.

—Incluso cuando yo tenía tu edad, la gente se quejaba cuando se estaba construyendo el motel. Decían que no traería nada bueno. Que no éramos un pueblo turístico como Sisters, y no queríamos serlo.

—¿Qué pasa con la comunidad?— preguntó Charlie.

Ruby la miró y se encogió de hombros.

—Han estado aquí más tiempo del que existe Meadowview. Se mantienen solos, y la gente del pueblo no tiene que pensar en ellos siquiera.

Esto era una novedad para Charlie. Siempre había pensado que los miembros veteranos de la comunidad prepper se habían separado del pequeño pueblo. Ella no sabía que Meadowview se fundó después de la comunidad, aunque tenía vagos recuerdos de su madre diciéndole esto durante una de sus clases. Los preppers se mantenían solos, por lo que la gente del pueblo no tenía que preocuparse por ellos. Hacían raras apariciones en la ciudad y eso era todo.

Le preocupaba lo que sucedería si se cortara la cadena de suministro. No había visto coches en el último día. Sin coches significaba que no habría camiones de reparto. Meadowview dependía en gran medida de las importaciones. Demonios, la mitad de la gente del pueblo conducía hasta Bend para ir a trabajar. Mirando a su alrededor, se preguntó cuántos residentes estaban atrapados en Bend. La sala estaba llena, por lo que no podía imaginar muchos. Lo que significaba que el pueblo estaba lleno. Lleno de gente que eventualmente tendría hambre sin entregas de suministros.

¿Cuán desesperados tendrían que estar antes de recurrir a la comunidad de preppers justo fuera de los límites de su ciudad? Charlie no pensó que tomaría mucho. No si la gente ya estaba así. Un escalofrío se abrió paso a través de ella al pensar en el desastre de la gente del pueblo volviéndose hacia los preppers. No sería bonito.

Harper

Los gritos rápidamente se apoderaron del ayuntamiento. Sentada en la primera fila, Harper miró fijamente al alcalde y a los que se reunían a su alrededor. Había sido un error convocar esta reunión. Fue un error aún mayor mencionar que es posible que no vean un camión de reparto en días o incluso semanas. No entendía por qué Héctor dejaba que la multitud se volviera rebelde. Se quedó allí, mirando a la gente.

Sus ojos se encontraron con los de Javier. Él le hizo una mueca y ella sacudió la cabeza con incredulidad. Si tan sólo hubieran podido faltar a la reunión. Sólo sería cuestión de minutos antes de que la multitud le dirigiera sus preguntas a su novio. Por eso su padre lo quería ahí arriba, como amortiguador. Apretando la mandíbula, se esforzó por respirar profundamente para disipar la ira que crecía con cada grito.

Finalmente, sucedió. Alguien lanzó una pregunta a Javier. Harper estaba tan concentrada en su respiración que se la perdió. Su atención estaba en su novio mientras su columna se enderezaba. Se mantuvo como un maldito soldado mientras la habitación se quedaba en silencio, esperando su respuesta. A diferencia de su padre, la mirada de Javier era aguda y estaba claro que no intentaría gritar por encima de la multitud. Si querían sus palabras, tendrían que callarse.

Javier se quitó lentamente la gorra y la sostuvo a su lado.

—Se ha desplegado la Guardia Nacional para garantizar la seguridad de todos. Estamos aquí para ayudar a aquellos que puedan necesitarlo a medida que las condiciones empeoren.

—¿Qué más no nos estás diciendo, muchacho? — preguntó una anciana de cabello plateado.

Harper observó el músculo de la mandíbula de Javier latir. Ella se retorció en su asiento y buscó entre la multitud. Javier no era el único miembro de la Guardia Nacional que asistió a la reunión. No le tomó mucho tiempo encontrar a los otros miembros de su unidad que vivían

en Meadowview. Su atención estaba en Javier, pero no se unieron a él. «Cobardes».

—Me temo que sé tanto como usted, señora— dijo Javier—. Si me entero de algo más, compartiré la información con mi padre. Como alcalde, será su trabajo mantenerlos informados.

Harper no pudo evitar sonreír por la forma en que Héctor palideció ante las palabras de su hijo. Como si hubiera esperado dejar que su hijo mayor manejara toda la ira de los ciudadanos. Javier dio un paso atrás, dejando a su padre en el podio.

—Gracias, hijo— dijo Héctor—. Creo que eso es todo por ahora, amigos. Tan pronto como sepa más, se los haré saber. Estén atentos a la información sobre futuras reuniones. Y no se olviden, si desean donar, infórmele al Detective Perkins o al Reverendo Roberts. Por favor, sírvanse un refrigerio. Me quedaré por aquí por un tiempo si alguno de ustedes tiene más preguntas. De lo contrario, todo lo que queda por decir es gracias a todos por venir y por favor manténganse a salvo.

Javier se fue para ir a la parte de atrás del escenario. Héctor lo siguió de cerca.

Hubo un momento de silencio antes de que la gente se moviera. Las voces se alzaron cuando Harper se lanzó desde su silla. Ignorando a Olivia y Lettie llamándola por su nombre, se dirigió a buscar a Javier.

Vio el enojo en los ojos de Javier. Lo último que necesitaban los dos hombres Ramírez era una discusión pública, aunque podría ser bueno para Héctor recordar que él no era el principio y el final de todo.

—¿Qué fue eso? — exigió Héctor.

Con más de un metro noventa de alto, Javier superaba por varios centímetros a su padre. Hasta este momento, Harper siempre había pensado que los dos se parecían mucho, pero ahora podía ver lo equivocada que estaba. Javier era alto, su cabello castaño oscuro cortado al ras, y sus ojos brillaban con algo peligroso. Todo sobre su postura y la forma en que se sostenía merecía el respeto de quienes lo rodeaba. Comparado con él, Héctor estaba encaneciendo y su postura

era encorvada. Le había crecido una barriga cervecera, aunque por lo demás era delgado y sus ojos estaban nublados.

El estrés del trabajo, recordó haber escuchado a Lettie. Más bien disfrutar de demasiadas cervezas. Le llevó poco esfuerzo ver que Héctor estaba luchando contra sus propios demonios. Demonios que normalmente Harper le dejaría manejar sólo. Pero en este momento, esos demonios estaban a punto de alejar a su hijo.

—Hay gente esperándote, Héctor— dijo Harper.

Javier le dirigió una mirada de advertencia que ella ignoró mientras se acercaba a su lado. Los ojos de Héctor se abrieron cuando miró entre los dos. Le tomó un momento darse cuenta de que lo superaban en número.

—Esta conversación no ha terminado, hijo— dijo Héctor.

—Sí, ha terminado. He terminado de ser tu marioneta. La próxima vez, pídele a uno de los otros miembros de la Guardia Nacional que se pare allí y reciba los insultos por ti. Ya me cansé de esto— le dijo Javier a su padre.

El dolor atravesó la mirada acuosa de Héctor. Hizo ademán de hablar, pero se contuvo y se alejó. Sin otra palabra, se dirigió hacia la multitud que lo esperaba. Harper sabía que sus preguntas lo comerían vivo, pero no pudo encontrar en sí misma la energía para que le importara.

—No tenías que intervenir— dijo Javier.

Mirándolo, ella respondió—: Sí tenía. Este no es el lugar para discutir con tu papá. No después de ese desastre de reunión.

Suspirando, Javier la tomó en sus brazos. Permanecieron así durante varios minutos. Harper escuchó las voces desde el pasillo mientras regresaban hacia allí. Era demasiado esperar que la gente no se quedara. Necesitaban respuestas. Héctor había arrojado a su hijo a la gente del pueblo, y ahora los dos tendrían que sonreír a través de la inquisición inminente.

—Deberíamos terminar con esto— dijo finalmente Javier.

Gimiendo, Harper retrocedió. Plantó un suave beso en su sien antes

de tomar su mano. Habían dado tres pasos antes de que apareciera el detective Perkins. El hombre esbozaba una sonrisa, pero Harper vio a través de ella. Algo en él no coincidía con el comportamiento amistoso que intentaba proyectar. Javier le apretó la mano. Fue un alivio que él también lo sintiera.

—Tenía la esperanza de encontrarme contigo— dijo.

—Desafortunadamente, no tenemos nada para donar a su causa, detective— dijo Javier.

El detective echó la cabeza hacia atrás y se rió. Javier y Harper compartieron una mirada.

—No sabía que dije algo gracioso— comentó Javier.

—Es una pena que nunca te hayas unido a la fuerza— dijo el detective Perkins—. Un hombre como tú sería un maldito buen oficial.

Javier entrecerró los ojos.

—No estoy interesado en la política de los pueblos pequeños.

—Parece que viene de familia.

—Yo no soy mi padre— dijo Javier.

—Y yo tampoco.

Harper no entendió el último comentario del detective. No sabía quién era su padre, pero ahora tenía curiosidad. Observando a los dos hombres, era como si estuvieran enfrentados

Ella dio un paso adelante.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudarlo, detective?

Él le guiñó un ojo y luego se volvió hacia Javier.

—Solo quería que supieras que no somos muy diferentes, Javier.

—No sabía que lo éramos— respondió Javier.

—Las cosas están a punto de ponerse tensas en la ciudad. Tu padre lo ve. La mayoría de la gente del pueblo lo ve. ¿Tú?

—Veo un pueblo que se quedó sin electricidad debido a una tormenta. ¿Está sugiriendo que está pasando algo más, detective?

El detective Perkins se encogió de hombros.

—Tu padre parece pensar que hay más en juego. Estoy seguro de que no está solo. Tengo la sensación de que no es solo una tormenta

de nieve lo que ha aislado a nuestro pequeño pueblo.

—Lamento decepcionarlo, pero por la información que he recibido, es solo eso. Y mi papel es ayudar. Como dijiste, no somos tan diferentes. Ambos estamos aquí para ayudar a todos a mantenerse a salvo.

—Me alegro de que ambos estemos de acuerdo en eso— dijo el detective Perkins—. Estoy seguro de que nuestros caminos se cruzarán a medida que avancemos en nuestro trabajo.

—Estoy seguro de que lo harán.

Sonriendo de nuevo, el detective Perkins le dijo a Javier—: Espero que incluso nos hagamos amigos.

Harper observó cómo los hombros de Javier se tensaban. Algo estaba pasando aquí que ella no podía identificar. Sería lógico que los dos hombres estuvieran en términos más familiares el uno con el otro. Después de todo, ¿no habían crecido juntos?

—Como dije antes, Jonas, no soy un fanático de la política de pueblo pequeño. Si hay algo que te gustaría decir, simplemente sal y dilo. De lo contrario, estoy seguro de que mi familia se preguntará por qué no estoy al lado de mi padre.

—Solo quería hablar. No todo se trata de política.

Con eso, el detective se hizo a un lado. Javier condujo a Harper a su lado en silencio. No le echó al hombre una segunda mirada, pero sintió sus ojos sobre ella, evaluándola. Le dio escalofríos. Muy mal por él. Estaba acostumbrada a la gente rara. Si él era lo peor que Meadowview tenía para lanzarle, entonces estaría bien.

—Bueno, eso fue interesante— comentó Javier una vez que estuvieron lejos de él.

—¿Qué fue eso?

Bajando la voz, Javier explicó—: Jonas estaba un año por detrás de mí en la escuela. Nunca un amigo, y siempre el primero en sugerir que mis logros eran todos gracias al nepotismo. Lo cual es irónico viniendo de él, como hijo del jefe. De todos modos, se fue al ejército cuando me alisté. Duró una semana de entrenamiento antes de terminar aquí.

—Resentido— adivinó Harper—. Y celoso. Todo el mundo te ama.

—No diría que todos, pero diste en el clavo. El tipo siempre ha estado un poco... apagado. Digamos que no me sorprendería si estuviera usando todo esto a su favor.

—¿Crees que eso es lo que está haciendo con las donaciones?

—Absolutamente. Demonios, probablemente ya haya calumniado mi nombre. Será un dolor en mi trasero, especialmente si las cosas empeoran.

Harper no tuvo la oportunidad de presionar a Javier sobre el tema ya que su hermana y su madre los interrumpieron.

—Justin y yo vamos a salir— dijo Olivia mientras abrazaba a Harper—. Si a Javier lo llaman, quédate con nosotros, ¿de acuerdo? Tenemos esa increíble chimenea, así que te prometo que no te vas a congelar.

—Gracias, lo tendré en cuenta— le dijo Harper antes de separarse.

Olivia abrazó a su hermano antes de desaparecer. Lettie frunció el ceño a su hijo, pero no expresó la decepción en su rostro. La familia Ramírez era cercana. Desde el primer día, Harper tuvo la impresión de que esperaban que Javier siguiera los pasos de su padre. O, al menos, actuar como su mano derecha. No les importaba que a Javier no le interesara la política ni nada más que servir a su comunidad. Para él, la Guardia Nacional y trabajar en la escuela eran los mejores lugares para hacerlo.

Harper tomó la mano de Javier y regresaron al pasillo.

—Ahí están— dijo Héctor, uniéndose a ellos.

Atrás quedó la hostilidad de antes. Su máscara de figura pública estaba firmemente en su lugar. Sonrisa brillante y tono alegre. Javier no sonrió cuando fue a pararse junto a su padre. Siempre el hijo leal.

Mientras la gente del pueblo se dirigía a interrogar a los hombres Ramírez, Harper dejó vagar su mirada. Sus ojos se posaron de inmediato en el detective que los había acorralado. Observó cómo el detective Perkins se abría paso entre la multitud antes de detenerse ante una mujer joven que parecía perdida. Linda chica, no podía tener

más de dieciocho o diecinueve años. Rechinando los dientes, Harper pensó en su hermana pequeña Shelby. La chica le recordaba mucho a ella. Cuando se dio cuenta de esto, se estaba alejando de los Ramírez.

Charlie

—Bueno, esto es una casualidad.

Charlie se estremeció. Cuando se volvió, no pudo esbozar una sonrisa para el detective Perkins, a pesar de que parecía realmente feliz de verla.

—Hola, detective— dijo ella.

Una rápida mirada a su alrededor y no pudo ver adónde habían ido George o Ruby. Debería haber insistido en ir con ellos cuando deambularon en busca de los refrigerios, pero desconfiaba del bullicio de la multitud al otro lado del salón de reuniones. Ahora podría patearse a sí misma. Este hombre tenía una forma tan extraña de aparecer desde que lo conoció ayer.

—¡Charlie!

El detective Perkins frunció el ceño cuando su medio hermano se unió a ellos. Daniel les dio a ambos una amplia sonrisa. Charlie la devolvió. Era la segunda vez que la salvaba de estar sola conversando con el detective.

—Esperaba que estuvieras aquí— dijo antes de mirar a su hermano —. Oh, hola, Jonas. Me pareció ver al reverendo Roberts buscándote. Algo sobre necesitar ayuda con las donaciones.

El detective Perkins no se movió durante varios segundos. El corazón de Charlie latía con fuerza en su pecho mientras se preguntaba si el detective encontraría alguna excusa para no moverse, pero con un profundo suspiro, inclinó la cabeza hacia ella y desapareció entre la multitud.

—Parecía que necesitabas que te salvaran— dijo Daniel.

Asintiendo, dijo—: Te debo.

—No te preocupes por eso. Estoy más que feliz de lanzarme y enviar a mi medio hermano a una búsqueda inútil. La última vez que vi al reverendo fue cuando salió por la parte de atrás. Escuché que tiene un hábito desagradable que involucra cigarrillos y una petaca no tan

secreta en su bolsillo— le dijo Daniel con una mirada maliciosa.

—Qué escandaloso— Charlie fingió una expresión de asombro.

—Entonces, ¿qué pensaste de tu primera reunión oficial de la ciudad de Meadowview?

Observó a la gente dando vueltas. Algunos tenían vasos de plástico llenos de limonada, tal como dijo Ruby, y galletas en sus manos mientras hablaban. La ira de antes se había disipado. El enojo se fue tan fácil como si nunca hubiera sucedido.

—Fue interesante— dijo finalmente.

Daniel se apartó el pelo de los ojos.

—Esa es una palabra para describirlo. Cuando mi mamá me dejó aquí, la vida de pueblo pequeño me cautivó. Aunque son poco frecuentes, estas reuniones son entretenidas.

—¿No naciste aquí? — Trató de no sonar demasiado esperanzada en su tono.

¿Era posible que esto fuera suficiente conexión para que fueran amigos? Reprimió la esperanza que florecía en su pecho. Aparte de Cass, nunca había tenido un amigo y odiaba lo ansiosa que se sentía de repente, pero vulnerable al mismo tiempo.

—No. Mamá y el jefe se conocieron cuando él estaba fuera de la ciudad para una conferencia policial. O al menos, así es como va la historia. Intentó todo el asunto de la mono parentalidad, pero no era para ella. Ella quería triunfar en el escenario, pero es difícil hacerlo con un niño pequeño que depende de ti para cosas como la comida y un hogar estable en el que crecer. Así que persiguió a mi papá y me dejó en su puerta.

—Oh, vaya, lo siento.

Sonriendo, Daniel dijo—: Está bien. Causó un gran revuelo, como te puedes imaginar. Yo era un niño, pero entendí lo que estaba pasando. Una prueba de ADN más tarde, el jefe no tenía esposa, pero había obtenido un hijo extra.

—Me sorprende que la buena gente de Meadowview no exigiera su cabeza— dijo Charlie—. O la tuya. Eras un forastero, después de todo.

Nada peor a sus ojos.

—Vaya, Charlie, es casi como si entendieras a esta gente. Estoy seguro de que hubo un intento, pero el jefe se aferró a su papel. Puso una sonrisa y aseguró a la buena gente que había sido un error, y que todavía era el mejor candidato para protegerlos. Supongo que no se necesitó mucho para barrer debajo de la alfombra la reacción violenta que enfrentó. Después de todo, él era un dedicado oficial de la ley. Seguramente, ¿lo perdonarían por salirse del camino?

Charlie miró a su alrededor, frunciendo el ceño ante las palabras de Daniel. Todavía no había conocido al jefe. Ni lo había visto por la ciudad. Sus ojos se posaron en Ruby, hablando con una mujer joven cuyos ojos revolotearon hacia donde estaban ella y Daniel. No parecía familiar, pero ¿tal vez la mujer la conocía?

—¿Buscando al jefe? —preguntó Daniel—. No pierdas el tiempo. Él no está aquí. Supongo que está atrapado en la estación lidiando con cosas. ¿Crees que Jonas es malo? No quieres llegar a conocer a mi padre.

—¿Cómo es eso? — preguntó Charlie.

—Digamos que tiene mal genio y no querrás estar cerca de él cuando lo pierda— Daniel hizo una mueca, sólo para ser reemplazada rápidamente por una sonrisa. Charlie le devolvió la sonrisa con simpatía.

—Charlie —llamó Ruby.

Se encontró con la mirada de su abuela mientras la saludaba con la mano. Charlie suspiró por dentro. Sabía Ruby la arrastraría a la conversación. Su abuela quería que se integrara.

—Parece que estoy siendo convocada— dijo.

—Fue bueno charlar, Charlie— Daniel sonrió de nuevo—. Ojalá nos volvamos a encontrar. Y sin que yo tenga que salvarte de Jonas.

Charlie se sorprendió por lo reacia que estaba a abandonar la conversación; algo en él la hacía querer saber más. Había más en él de lo que dejaba entrever. Que pudieran ser amigos era casi lo suficientemente tentador para que ella ignorara la convocatoria de

Ruby. Finalmente, se demoró un momento antes de darle una sonrisa tímida y alejarse.

—Charlie, esta es la enfermera que me ha estado manteniendo con vida. Harper, esta es mi nieta más joven que ha estado viviendo conmigo— dijo Ruby cuando Charlie apareció a su lado.

—Encantada de conocerte— Charlie sonrió a la mujer.

Harper le devolvió una cálida sonrisa.

—Es genial conocerte finalmente. Tu abuela me ha hablado mucho de ti.

Ruby se rió cuando sus mejillas se sonrojaron. En lo que a ella concernía, era increíblemente aburrida. Incluso dejar atrás la comuna no era una historia tan interesante. A diferencia de su hermana, que parecía estar siempre metida hasta el codo en alguna historia dramática.

—Le estaba diciendo a Harper que has expresado cierto interés en dedicarte a la enfermería— dijo Ruby—. Ahora sería un buen momento para ser voluntaria en el hospital.

Charlie abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Mencionó la enfermería hacía meses cuando solicitó el ingreso a la universidad después de completar su GED. Ayudar a la gente parecía algo que debería querer hacer, así que no lo descartó cuando Ruby se lo pidió. Pero la idea de las agujas y el vómito le había impedido seguir adelante.

Harper parecía haber leído su mente.

—Siempre necesitamos personas dispuestas a venir y hacer compañía a los pacientes. Nada que implique sangre ni nada. Es una buena manera de probar las aguas.

—Me encantaría hacer algo así— le dijo Charlie.

—Nos encantaría tenerte— Harper le sonrió—. Visítanos cuando quieras y hazles saber que hablaste conmigo.

—Entonces está arreglado— dijo Ruby—. ¿Quién era ese apuesto joven con el que estabas hablando hace un momento?

Charlie parpadeó ante el repentino cambio en la conversación. Los

ojos de Ruby brillaron con picardía. Déjaselo a su entrometida abuela para que averigüe todo.

—Daniel —dijo Charlie—. El medio hermano del detective Perkins.

—Ah— Ruby le dedicó a Charlie una mirada de complicidad.

Harper miró a Ruby.

—¿No sabía que el detective tenía un hermano?

—Oh, no me sorprende. Fue un gran problema cuando salió a la luz hace años. Años antes de que te mudaras aquí— le dijo Ruby.

Las palabras de Ruby despertaron el interés de Charlie. ¿Harper no era de Meadowview? No estaba segura de por qué sentía el repentino interés en encontrar a otros forasteros. Sin embargo, aquí estaba ella. Recolectándolos sin ni siquiera ser consciente de ello. Algo al respecto la hizo sentir que sobresalía un poco menos.

—Este pueblo— Harper negó con la cabeza—. Realmente nunca creí que los pueblos pequeños fueran tan dramáticos como la gente siempre los pintaba. Supongo que estaba equivocada.

—Meadowview, en particular, siempre ha tenido el récord de historias interesantes— respondió Ruby.

Suspirando, Harper le dijo—: Por mucho que me encantaría quedarme y conversar más, probablemente debería volver. Fue encantador verte, Ruby. Y fue genial conocerte, Charlie. Espero que consideres venir como voluntaria.

Con eso, ella desapareció hacia el escenario. Charlie la vio irse antes de notar que la sala de reuniones se había vaciado en los últimos minutos.

—Deberíamos irnos— Ruby subió la cremallera de su abrigo—. Aunque no estoy ansiosa por volver a la nieve.

Charlie siguió a Ruby mientras se despedía de varias personas. Envolviendo sus brazos alrededor de sí misma, se adentró en la noche oscura y nevada y se tomó un momento para disfrutar de la paz. Inclinando la cabeza hacia arriba, fue difícil resistir el impulso de sacar la lengua y atrapar los copos de nieve que caían.

Ruby deslizó su brazo a través del de Charlie mientras se dirigían a

casa.

—¿Crees que la gente simplemente esperará a que esto pase?— preguntó Charlie.

Ruby apretó su brazo con más fuerza.

—Probablemente no. Una cosa en la que Meadowview nunca ha sido bueno es en hacer las cosas simples. Cuanto más tiempo pasemos sin electricidad, más inquieta se pondrá la gente. Comenzarán a hacer lo que creen que es inteligente pero no lo es.

—Espero que no sea por mucho más tiempo— dijo Charlie.

—Esperemos que sí— dijo Ruby—. La gente entrará en pánico y se desesperará. Esta reunión no ayudó. Tampoco la presencia de la Guardia Nacional. Simplemente pondrá a la gente más nerviosa. Deberíamos haber continuado como si esto no fuera nada.

Charlie estuvo de acuerdo. Al ver la forma en que la gente gritaba y les daba la espalda a los turistas, que ni siquiera estaban en la reunión, se dio cuenta de que la reunión no había servido para nada. No habían logrado nada. Aparte de irritar a la gente.

Su viaje a casa fue lento, gracias a la nieve y el hielo que cubrían las aceras. Ruby se quejó, recordando una época en que los vecinos saldrían a palear nieve juntos. La idea era agradable, y le permitió a Charlie imaginar el pequeño pueblo en el que creció Ruby. Cuando llegaron a su casa, hacía tanto frío por dentro como por fuera. Ruby no tardó en encender el fuego y las dos se acurrucaron juntas.

—He estado pensando en mis padres— dijo Charlie finalmente—. Sé que están bien. Pero pensé que tal vez cuando dejara de nevar, podría salir a visitarlos.

—¿En tu bicicleta?

—O a pie, depende…— Charlie vio la preocupación en los ojos de su abuela.

—¿Por qué? — Ruby preguntó—. No me gusta la idea de que vayas caminando a la casa de tus padres. A pie o en bicicleta, la nieve sumará horas a tu paseo. Corres el riesgo de quedar atrapada en la oscuridad o, si la nieve empeora, es posible que no puedas regresar. Es

un riesgo demasiado grande. ¿Y para qué? Tus padres no te ofrecerán lo que creas que te ofrecerán. Tú y yo sabemos que están bien, si de eso se trata.

Charlie se frotó los ojos mientras pensaba en las palabras de Ruby. Una parte de ella extrañaba a sus padres. No importaba que hubiera poco amor entre ellos; todavía eran sus padres. También quería informarles sobre lo que había estado sucediendo en Meadowview. Era poco probable que lo supieran o incluso les importara, pero parecía que al menos deberían saberlo. Cuanto más tardara la compañía eléctrica, más probable sería que la gente empezara a centrar su atención en la gente de fuera de la ciudad. Los que no dependían de las rutas de suministro.

—Dale algo de tiempo— dijo finalmente Ruby mientras el silencio de Charlie se prolongaba—. Todavía estarán allí. Por ahora, quédate en la ciudad. Recuérdale a la gente que tú eres uno de ellos. Que estamos todos juntos en esto.

Charlie entendió lo que le dijo su abuela. «No le recuerdes a la gente de Meadowview que eres una forastera». Pero siempre lo sería, sin importar cuánto tiempo se quedara aquí. Las dos se quedaron en silencio mientras miraban el fuego, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Una vez que volviera la energía y la nieve se derritiera, sería hora de partir. Charlie no estaba lo suficientemente lejos de su pasado aquí.

Harper

A Harper le llevó varios minutos alejar a Javier de la gente que se había quedado con preguntas por hacer. Vio el cansancio que lo agobiaba, e ignorando las miradas mientras lo jalaba a su lado, tomó su mano.

—Es hora de que nos vayamos— le dijo.

Con un suspiro de cansancio, se pasó una mano por la cara.

—Estoy seguro de que mi padre tendrá una opinión al respecto.

—Déjalo— respondió Harper—. Eres un civil esta noche, ¿recuerdas? No eres su especialista de la Guardia Nacional. O el título que quiera darte. Él llamó a esta reunión. Deja que él se encargue de esto.

Javier miró hacia donde estaba su padre hablando con un grupo de hombres, antes de asentir. Luego, tomados de la mano, se deslizaron en la noche oscura.

Harper se estremeció por el frío. Con el salón de reuniones repleto, se había olvidado de lo fría que era la noche. La nieve siguió cayendo. Mirando al cielo, trató de distinguir las estrellas que la habían dejado sin aliento todas las noches desde que se había alejado de la brillante ciudad.

—Echo de menos las estrellas.

Javier se rió, un sonido suave que interrumpió el silencio de la noche. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía como si fueran los únicos en el universo.

—Mañana será interesante— comentó Javier.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—Espero una visita de mi padre… Y más patrullas.

—¿Crees que te enviarán a Portland?

—Si el transporte no estuviera caído, sí. Pero con los autos y todo lo demás detenido, no lo creo. Tenemos caballos aquí, pero ¿puedes

imaginarnos montándolos hasta Portland? ¿En la nieve? Afortunadamente, sigue siendo el mundo moderno. Incluso si está empezando a no parecer tal.

—Olivia dijo que debería quedarme con ellos si te vas.

Javier se rió.

—A ella le encantaría eso. Nada en contra de mi hermana, pero estoy seguro de que ella esperará escuchar cada palabra que te informe. Si pudiera encontrar una manera de hacerlo, eso es.

—¿Qué pasa con las radios?

—Podrían funcionar dentro de Meadowview, pero en el momento en que llegue a la autopista, se quedarán en silencio.

—Como todo lo demás— susurró Harper.

Era tan extraño andar caminando por la ciudad sin luz. Aunque no tan brillante como Seattle, Meadowview siempre tenía farolas que iluminaban las noches oscuras, y los aviones, junto con el tráfico de la autopista, rompían el silencio. Ahora, se sentía como si estuvieran realmente aislados del resto del mundo.

—Esta noche, la gente parecía estar contra los turistas aquí— comentó Harper—. ¿Puede la gente del pueblo realmente echarlos?

—Pueden intentarlo, supongo. Sin embargo, papá no lo apoyará. Él entiende el dinero que traen. Además, si todos estamos atrapados aquí, ¿cómo se irían?

—De todas las cosas con las que enojarse, eligen los turistas. — Las palabras de Harper se apagaron.

El resto de su caminata transcurrió en silencio con Harper perdida en sus pensamientos. Habían pasado dos días, pero la gente ya estaba nerviosa. Ya buscaban victimas para desalojar de su localidad. Los recursos eran sólo una excusa. Ella podía ver a través de eso. Aun así, se preguntó qué significaba eso para ella. Ahora mismo, con Javier a su lado, podría pasar por uno de ellos pero era una extraña.

Al llegar a su casa oscura, Harper se tomó un momento para mirarla mientras Javier se dirigía a la puerta principal. Fue golpeada por la añoranza del hogar en el que creció y su familia. Saber que Portland

podría haber sido atacada la hizo pensar en Seattle. Sin embargo, no podía expresarle las preguntas sobre su ciudad natal a Javier. Si algo había sucedido, ella no estaba lista para saberlo.

—Tomaré el equipo de campamento— dijo Javier, atrayendo sus pensamientos hacia él—. Debería haberlo hecho anoche, pero pensé que volvería la energía. Podemos usar el calentador viejo en la cocina. Y una estufa de propano.

—La comida caliente y el calor suenan increíbles. — Ella lo siguió adentro.

—Ojalá me hubiera abastecido de baterías.

—Sí. Deberíamos habernos abastecido de muchas cosas. Pero, ¿quién piensa en ese tipo de cosas?

—Los preparadores— dijo Javier.

Harper puso los ojos en blanco cuando Javier desapareció en el garaje. Los rumores que circulaban por la ciudad sobre las personas autosuficientes que viven fuera de la ciudad nunca le interesaron. ¿Por qué lo harían? Estaba más preocupada por las personas enfermas y heridas que pasaban por su hospital. Las personas que nunca acudirían a ella en busca de ayuda no eran una prioridad. Además, ella siempre había asumido que no eran los bichos raros que mucha gente creía que eran. Cualquier cosa diferente estaba mal aquí. Harper había aprendido eso rápidamente.

Javier volvió con la tina de plástico del equipo de campamento. Ella lo ayudó a clasificar el contenido, agradecida de que su novio fuera un ávido amante de la naturaleza. Al vivir en la ciudad, Harper en realidad nunca había tenido el tiempo ni la energía para hacerlo, pero a Javier le encantaba el aire libre.

—Deberíamos estar abastecidos para unos días— dijo.

—¿Y después?

—Esperemos que vuelva la energía o que Hank reciba otra entrega de suministros.

El temor volvió y se acumuló en su estómago. Sólo por unos días. Eso no era mucho, pero no se sentía así. No cuando había una

tormenta que asolaba su estado. Y no cuando Javier no sabía lo que estaba pasando.

—Javier —dijo ella. La miró a los ojos a través de la cocina iluminada con velas—. Dime la verdad. ¿De verdad crees que todo esto terminará en unos días?

Javier se quedó callado. Ella lo dejó trabajar en la instalación del calentador antiguo. Cuando cobró vida, cruzó la cocina, le rodeó los hombros con los brazos y hundió la cara en su cuello. Aspiró el leve aroma de su colonia. Él se quedó quieto ante su toque.

—Quiero creer que así será— dijo.

—Yo también.

—Pero no estoy seguro. Las cosas están mal en Portland por lo que tengo entendido. Demonios, no me sorprendería saber que las cosas están mal en todas partes. Tomará tiempo para que todo vuelva a la normalidad. Sólo tenemos que mantener la cabeza en alto.

—Si sólo fuera así de fácil.

Javier se separó suavemente de su abrazo. Encendió la estufa de campamento en los siguientes minutos. El silencio llenó la cocina mientras se movían. No dijeron una palabra más mientras calentaban una lata de caldo de verduras que había encontrado en el fondo de un armario. Un susurro de buenas noches fue su único intercambio cuando se metieron en la cama fría, con el pijama hecho de varias capas de ropa. Temblando, se aferraron el uno al otro, con la esperanza de robar el calor del cuerpo del otro. Lentamente, la mente acelerada de Harper se calmó lo suficiente como para cerrar los ojos y encontrar el sueño.

***

Al despertarse con tos, Harper se acercó a Javier. Él siempre se movía al borde de la cama mientras dormía, algo por lo que ella se burlaba, pero sólo sintió una cama vacía. Abriendo los ojos con fuerza, luchó contra otra tos mientras se sentaba. Su nariz estaba goteando por el frío. Ella tiró de las mantas a su alrededor.

—¿Javier?

Nada. La frustración estalló mientras miraba fijamente la oscuridad. Sin el reloj digital en su mesita de noche, no podía saber la hora. Todavía podría ser de noche o podrían ser las primeras horas de la mañana.

Deslizándose de la cama, mantuvo las sábanas envueltas alrededor de ella, estas se arrastraban detrás de ella mientras caminaba de puntillas a través de la oscuridad con sus pies descalzos. Los dedos de sus pies ya se sentían como carámbanos cuando llegó a la puerta. El temor la llenó, pero lo ignoró. Moviéndose a través de la casa, caminó hasta el sótano. Una linterna parpadeó.

—¿Javier?

—¿Harper? ¿Qué estás haciendo?

Uniéndose a él, ella se sonó la nariz.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—No podía dormir— admitió— No puedo dejar de esperar a escuchar algo, así que vine aquí.

Harper miró la radioaficionado en la mesa frente a él. Su única comunicación con personas fuera de Meadowview. Todas las veces que se había burlado de él al respecto, llamándolo anciano, pensó en disculparse. Ahora, él era la única persona que podía averiguar lo que estaba sucediendo afuera.

—¿Bien?

Él siguió su mirada hasta la radio.

—Bueno, me alegro de que algunas personas hayan mantenido vivo el arte de la radio. Aunque es algo que sólo les gusta a los abuelos.

—Si quieres una disculpa, empieza por lo que estás evitando decirme, Javier.

—Harper— su voz de repente se volvió más seria.

Parpadeando hacia él, se dio cuenta de que su amado novio se había ido. Sentado allí, mirando la radio, estaba el cabo Ramírez. Este era un lado de él que rara vez veía. Incluso cuando se vestía de uniforme una vez al mes, nunca antes se había puesto tan solemne.

—Javier— le instó suavemente.

—No creo que esto vaya a terminar pronto, Harp.

Howard Revis

De pie en la parte posterior del salón, Howard observó cómo la reunión del pueblo se convertía rápidamente en un caos. La gente gritaba y el alcalde agitaba los brazos mientras tartamudeaba las palabras. La tormenta de nieve de ayer había sido una bendición disfrazada. Era mejor de lo que podía haber esperado.

Cuando la reunión terminó, Howard volvió a salir a la noche invernal. Atravesando el pequeño pueblo de Meadowview, su estado de ánimo era más ligero que cuando partió. Incluso la caída de la temperatura no lo afectó mientras tarareaba para sí mismo. Caminaba cojeando, pero gracias al tobillo vendado, se sentía más ligero.

Le tomó una hora dejar atrás el pueblo para ir a la granja en ruinas que era toda suya. Una tía anciana que no recordaba haber conocido nunca se lo había dejado en su testamento. Cuando el acosado abogado le dio la noticia, Howard sintió que era la respuesta a todos sus problemas. Finalmente, un hogar para él y sus fieles seguidores. Ahora, se dio cuenta de que era más que un hogar. Era una oportunidad.

—He vuelto— anunció al entrar en la casa.

De las sombras surgieron tres de sus más fieles seguidores. El entusiasmo y el hambre en sus ojos coincidían con los suyos. Mientras apagaba su linterna, miró la luz parpadeante en el pasillo con las velas encendidas. Hacía tanto frío que los vapores de sus alientos brillaban a la luz.

Howard dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Todo lo que hemos estado esperando— les dijo—, está aquí. Meadowview nos proveerá. La tormenta ha dejado a todos sin electricidad. Son débiles, un pueblo dividido por la política.

—¿No notarán lo que tomamos?

Howard sonrió en la habitación helada.

—Lo harán, pero nunca sospecharán de nosotros. Tienen mucho para dar. Nuestra tarea es continuar como lo hemos hecho. No teman,

hermanos. Tendremos todo lo que necesitamos y nadie señalará con un sólo dedo en nuestra dirección.

Era mejor de lo que podría haber imaginado. Habían sido discretos. El pueblo culparía a los turistas. Durante los tres meses que había vivido en la granja destartalada con sus seguidores, nadie les había prestado atención.

Howard había visto el brillo de sus ojos. La codicia y la desconfianza fluían libremente en este pueblo.

—Vengan— les dijo a sus seguidores—. Tenemos mucho para lo que prepararnos.

La emoción burbujeó a través de él. Luchó para empujarla hacia abajo; los Iluminados no deberían verse tan ansiosos por los robos y el caos que estaban a punto de traer a la pequeña ciudad. Aun así, mientras la oscuridad de la casa lo abrazaba, temblaba ante las posibilidades que se avecinaban.

—¿Compartiremos nuestra iluminación con ellos? — preguntó un seguidor.

Howard consideró la pregunta. Cada uno de sus siete miembros había sido elegido especialmente, luego preparado antes de hacer el compromiso final necesario para unirse a sus filas. Compartir su iluminación era su vocación. Sí, pero ¿se lo merecía la gente de Meadowview?

—Esperaremos— dijo finalmente—. Veremos cómo reaccionan en los próximos días. Si alguno está abierto a nuestra presencia, lo recibiremos con los brazos abiertos.

Durante muchos años, Howard había estado operando fuera del radar en los pueblos y ciudades por los que se movía. Localizaba a los que buscaban algo más. Los que estaban abiertos a sus palabras, susurrando a los desesperados en el momento justo para volver sus mentes hacia la verdad.

—Váyanse y únanse a los demás. Tengo trabajo que hacer —ordenó Howard.

Los pasos eran los únicos sonidos en la casa. Una vez convencido de

que estaba sólo, subió la escalera hundida. Hacía muchos años, la casa habría sido impresionante. Sentado al lado del huerto con tierras de cultivo detrás, la vista era cautivadora. No que le prestara mucha atención. Que ofreciera refugio, y que la comida estuviera tan cerca, le dio a la casa un atractivo aún mayor. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido un lugar que pudiera llamar suyo.

Con cuidado de evitar las maderas que habían cedido, llegó al segundo piso. Sólo a Howard se le permitía estar aquí. Sus seguidores se quedaban en el piso principal y en el granero, que estaba en mejores condiciones que la casa. En el segundo piso, mantenía las cosas que no quería que vieran sus seguidores. Los recibos de los bancos donde depositaba su dinero, panfletos y folletos de otros grupos que se decían iluminados, y una impresionante colección de armas.

Cayó de rodillas y, con ambas manos, sacó la gran caja fuerte de metal de debajo de la cama. Como hacía cada vez que regresaba, contó las armas. Satisfecho de que todos estuvieran en orden, cerró la caja fuerte, la deslizó hacia atrás, se arrojó sobre la cama y cerró los ojos. Meadowview sería el pueblo donde dejaría su huella. O se unían a él, o caerían. La gente hablaría durante años sobre su legado. Él podría salvarlos, o podría ser su final. El poder se sintió ilimitado mientras sonreía en la oscuridad.

—Finalmente es el momento— dijo—. Es hora de dejar mi huella en la historia.

LA SERIE CONTINÚA…

Gracias por leer *Agarre de la Oscuridad*, ¿quieres seguir leyendo? El libro #3 *Agarre del Terror* saldrá PRONTO. Haz click aquí para pre-ordenar una copia ahora.

Sobre la Autora

Sam Fires es el seudónimo de la autora número #1 en ventas de emocionante ficción postapocalíptica y distópica.

Sam vive en una jungla urbana en el noreste de Inglaterra con sus dos hermosos hijos y un gato bengala excepcionalmente ruidoso. Sueña constantemente con escenarios del fin del mundo y cómo puede sumergir a sus personajes en situaciones imposibles, ella sólo puede esperar que de alguna manera descubran su camino a través del peligro. Sus personajes son imperfectos, a veces valientes, pero capaces de soportar las peores situaciones. Como una persona quien odia tener que sobrevivir a los elementos, Sam no duraría ni cinco minutos en una de sus propias historias.

Antes de tomar el bolígrafo, Sam trabajaba como abogada durante muchos años —todavía lo hace—pero su sueño es dejar la Ley atrás y trabajar a tiempo completo como autora.

Pueden contactar a Sam en hello@samjfires.com

Dónde encontrar a Sam Fires:

>>Book Bub

>>Facebook

>>Página de la Autora